



POLÍTICA DEL TALLER.

EL TRABAJO DE LOS NIÑOS

Y LA INSTRUCCION OBLIGATORIA.

XI.

Por desgracia, los que alborotan con la instrucción obligatoria no son únicamente los socialistas declarados tales. Ya la han tomado por santo y seña otros que pretenden figurar en distinto bando. Nos la quieren imponer como artículo de fe si deseamos alistarnos en los partidos populares: si dudamos, si discutimos, nos maldicen: si nos arriesgamos á combatirla, nos declaran herejes.

Para darse esos aires de infalibilidad y ese tono de pontífices invocan numerosos ejemplos y buscan el apoyo de autorizados países. Prusia conoce la instrucción obligatoria desde hace más de un siglo: algunos Estados de la Union americana, como Massachussets y Connecticut, la han consignado en sus constituciones especiales: Inglaterra, que ya indirectamente la exigía en sus leyes de niños, acaba de establecerla en su bill de 9 de Agosto de 1870: en Francia hizo su camino bajo el ministerio de J. Simon, su ardiente partidario: Depretis, jefe del partido monárquico más avanzado de Italia, la incluye en su programa; Suecia y Noruega la tienen; y en Suiza la han adoptado todos los cantones, excepto Ginebra.

Las frases de efecto abundan. ¿Quién ganó la batalla de Sadowa? la instrucción obligatoria. ¿Quién ganó la batalla de Sedan? la instrucción obligatoria. ¡Ah! ¡la disciplina, la disciplina! Bismark decía á un comisionado frances: «¿Quereis saber lo que ha hecho la Prusia? dos cosas: la obligación del servicio militar y la obligación del servicio escolar. A ninguna de ellas renunciará jamás.»

¿De qué manera cambiaría Victor Hugo la faz del mundo? con veinticinco años de instrucción obligatoria. ¿Cuál es el único medio de suprimir la enseñanza *libre* de la calle, del taller y de la taberna? la enseñanza *forzosa* de la escuela. Y á este tenor siguen acumulando ingenio los propagandistas. Lo comprendo: las fórmulas sencillas penetran mejor

en las imaginaciones vivas. Las agudezas fascinan á la masa del pueblo, y despues de robarle una sonrisa, acaban por arrancarle un aplauso. ¿Qué prodigios no harán si además tienen la suerte de que las acompañen el conceptillo y el retruécano!

Excuso decir que no he de tomar parte en esos *asaltos de discreto*. La cuestion es demasiado científica para confiarla á la lira del poeta, y demasiado seria para mezclarla con las verdosidades del epigrama. Tratemos santamente las cosas santas; que al fin, por más que se diga, la causa de la instrucción libre ni es desesperada ni está vencida. Hace pocos años, en una de las ciudades más cultas de Europa y en una reunion á que asistieron hombres de gran valía, la instrucción obligatoria tuvo escasos defensores; la opinion contraria tuvo muchísimos. Prevaleció la libertad, y no fué ciertamente por la calidad de sus adalides, que eran en general personas desconocidas y en frente tenían al eminente autor de *La Escuela*, brillantísima defensa del sistema legal, digna de que la admiren amigos y adversarios.

XII.

El argumento capital de los partidarios de la instrucción obligatoria es la necesidad de poner limite legal á la autoridad paterna. Aplican á la cultura intelectual del niño la misma razon que hemos visto dar para el trabajo. Véase cómo formulan su pensamiento: Una de las obligaciones más sagradas del padre es dar á su hijo el alimento espiritual. Si el padre desconoce ó abandona esta parte esencial de su tutela, el Estado tiene el derecho, y Romagnosi añade el deber, de reclamarla; y es tanto más urgente y necesario que la tome á su cargo, cuanto son mayores los peligros que corre la sociedad por la falta de instrucción, porque es bien sabido que los crímenes abundan entre las clases menos ilustradas. No por hacer obligatoria la instrucción se quita la libertad á los padres: trátase únicamente de exigir cierto número de conocimientos, y el padre es libre de escoger la escuela, los métodos y las doctrinas que estén más en armonía con sus convicciones y crea más convenientes para su hijo. La instrucción obligatoria tiene por correctivo la libertad de enseñanza.

Nunca he visto sofismas más capciosos que los que se encierran en estas breves líneas. Los que las han escrito intentan conciliar el pretendido de-

* Véanse los números 112 y 113, páginas 232 y 237.

ber del Estado con la libertad de la familia. Conviene en que la familia es base de la sociedad: admiten que la libertad de la familia es base de todas las libertades. Pero, ¿qué es lo que entienden por libertad de la familia? Las relaciones entre sus individuos dependen del estado natural de union entre los dos sexos con el fin principalísimo de perpetuar la especie. ¿Qué les da la ley? firmeza y garantía. No es esto crearlas, no es establecerlas, no es alterarlas.

En dos grupos se dividen aquellas relaciones: las de los esposos entre sí; las de los esposos con sus hijos. Importantes son las de los esposos entre sí, y tienen *su fin propio*, aunque no haya descendencia. La fórmula *consortium omnis vitæ, divini et humani juris communicatio* es la expresion más perfecta y más enérgica del valor que encierra la union conyugal, aún en el caso de ser infecunda.

Pero el fin *último*, el término completo de la union de los sexos es la continuacion de la especie. Obedeciendo á la ley de movimiento de la poblacion *en el tiempo*, es como toma el matrimonio su verdadero aspecto soeial. Por esto, las relaciones que entónces nacen en el nuevo sér son de un orden más trascendental, son las más elevadas de todas, y en ellas está la clave de la familia. Avanzo más: ó no hay libertad en la familia, ó ha de empezar por aquí. ¿Es este el procedimiento de los que defienden la instruccion obligatoria? Ellos interrumpen la libertad en las relaciones entre padres é hijos: ellos la conservan íntegra en las relaciones entre esposos: respetan lo subalterno, lo secundario, lo accidental; lo superior, lo íntimo, lo más santo desaparece.

Todavía se ve más clara esta anomalia haciendo un breve análisis de las relaciones naturales entre padres é hijos. Unas corresponden á la vida material, otras se refieren al espíritu. Para el alimento, la habitacion y el vestido, el derecho del padre sería omnímodo; para la vida de la inteligencia y la del trabajo, no existiría. La libertad es por lo visto materia baladí, que se deja para las capas inferiores, y, segun vamos avanzando en el orden moral, aquella imágen se empieza á reducir, se achica luégo más y acaba por borrarse. Es precisamente un camino opuesto el que deben seguir las libertades. La libertad empieza apoderándose de las alturas del espíritu ántes de descender á las impurezas de la materia. Quien lo contrario diga, confunde la libertad racional con los instintos. No hay, dicen, libertad racional posible en ciertos padres extraños á toda prevision y desprovistos de toda clase de cultura. Ya; pero como no sean muy viciosos, suple el cariño en ellos la cultura y la prevision. Vuestro delito de lesa paternidad es más grave de lo que parece. Empezais viendo algun corazon de fiera en

todas las familias pobres, y acabais por atacar aquella intimidad del sentimiento paterno en que Dios puso el cuidado de los propios hijos como eterno galardón de tantos y tantísimos afanes.

¿Qué me importa, cuando hayais separado al niño de mi lado, que me deis en libertad para escoger maestros, textos y métodos de enseñanza? ¿Hablais seriamente, ó es esto un sarcasmo? Si no me conceden discernimiento para comprender que el niño ha de recibir alguna instruccion, ¿cómo lo tendré para decidir el cómo y el cuánto? A bien que ni este pedazo de libertad nos reserva la instruccion obligatoria por mucho que lo ofrezcan sus defensores. El gobierno que obliga á aprender se obliga á enseñar. Pondrá una escuela en cada lugar, pero á lo más *una* escuela. El maestro será suyo, los textos oficiales. ¿A qué viene á reducirse la libre eleccion del padre si, aún suponiendo la libertad de enseñanza, solamente podrán hacer competencia algunos particulares en las grandes capitales?

Sea en buen hora, replica por boca de sus parciales el sistema: piérdase, si es preciso, el último átomo de libertad ántes que conceder á padres é hijos el derecho al error, y otra libertad bien triste, la de la ignorancia. Maltrata un padre á su hijo y se le castiga: deja su alma en las tinieblas y no nos inmutamos. ¿Qué es peor, maltratar ó embrutecer? Privar de instruccion al niño es quitarle el primer órgano de la libertad. ¿Hay crimen más atroz que esta mutilacion moral? ¿No es, dice M. Rozy, robar algo á su propio hijo y algo á la sociedad entera? Para cometer este crimen se invocan los derechos del padre; para evitarlo y remediarlo, invóquemos á nuestra vez los derechos del hijo.

Siento tener que repetirlo: toda esta argumentacion es pura jerigonza. Ni se trata aquí de derecho al error, ni hay tal libertad para la ignorancia, ni se quitan órganos de la libertad, ni existen enfrente del padre esos supuestos derechos del niño.

¡El derecho al error! ¡La libertad de la ignorancia! ¡Y todo por no haber aprendido de memoria la cartilla de instruccion primaria! ¿Quién habla aquí de error? ¿Qué doctrinas se trata de imponer? Y si las hubiese en la enseñanza elemental primaria, ¿no son en su mayor parte racionalistas los partidarios de la instruccion obligatoria? ¿No niegan que la verdad sea patrimonio exclusivo de nadie, empezando por los que saben *muchas letras*? Pues qué, ¿no habrá en este mundo más ignorantes que los que no sepan leer y escribir? El que haya llegado á la prodigiosa altura de leer y hacer buenas planas, ¿no puede sentir los efectos de otras peores ignorancias? ¿Tan cierto es que el niño se embrutezca por el solo hecho de no ir á la escuela?

Francamente, mucho adelgazar me parece eso de comparar los malos tratos de un padre con su ma-

yor ó menor descuido en atender á la instruccion del hijo. Los rigores paternos, los golpes, las sevicias, cosas son que el sentido más vulgar reprobará siempre y donde quiera. No hay posicion social, ni estado, ni situacion alguna de la vida que los justifique: son faltas graves, gravísimas *en absoluto*. Pero la instruccion es cosa más relativa: darla parcial ó completa, ó no dar ninguna, eso para el individuo depende en gran parte de las circunstancias de familia, del estado de fortuna, del círculo en que nos movemos, de que la *utilidad* de instruirse se combine más ó menos con la *necesidad* fundamental de vivir. ¿Qué padre de entre los más zafios no sueña alguna vez con que su hijo llegue á ser *un señorito*? ¿A cuál de entre los más doctos no deleita la esperanza de que el suyo sea más ilustrado que él? ¿Por qué no todos lo intentan? ¿Por qué no lo procuran? Ó porque les faltan medios, ó porque no ven la utilidad *inmediata* de ciertos conocimientos. Imponédselos, y será peor: hacédselos fáciles, sencillos, asequibles, sin monopolios, y ellos acudirán, quién tarde, quién temprano, lentamente algunos, pero todos con el firme convencimiento de que hay mucho de saludable y muchísimo de provechoso en la cultura del espíritu.

No me duelen prendas, y concedo por un instante que el padre comete un crimen no mandando sus hijos á la escuela. ¡Vaya con el crimen si fuese cierto que da por resultado una mutilacion moral! Nuestro Código impone la pena de arresto menor en su grado máximo (de veintiuno á treinta dias) al padre que causare á su hijo lesiones que le impidan trabajar de uno á siete dias ó hagan necesaria por el mismo tiempo la asistencia facultativa. Mas ¿qué lesiones podrían compararse con la privacion del *primer órgano de la libertad*? No habria pena bastante dura para tan espantoso delito. Y, sin embargo, ¡qué singular contraste! Esos mismos que ponderan la desidia de los padres convirtiéndolos en una especie de asesinos morales, son de una lenidad asombrosa cuando pasan á señalar las penas en que habrán de incurrir los delincuentes. Parecen entónces como avergonzados y pesarosos de haber remontado su vuelo á tanta altura; y trocado lo que fué crimen en mera flaqueza humana, blandéanse de repente, se vuelven mansos, benévulos y un si es no es condescendientes con los padres poco celosos: Aquel Código penal que castigaba las lesiones corporales con treinta dias de arresto no impone más que de cinco á quince «á los padres de familia que abandonaren sus hijos, no procurándoles la educacion que requiera su clase y sus facultades permitan.» Queda por averiguar quién acusará al padre y cuál haya de ser el límite legal de su clase y facultades.

Igual suavidad notamos en los proyectos de va-

rios escritores y en las naciones extranjeras que han establecido abiertamente el sistema de la instruccion obligatoria. La que más avanza es Prusia, y se limita á imponer al padre la pena de ocho dias de cárcel. En otras partes, los que pasan por más rigurosos, no se atreven á aconsejar otra cosa que la reprension privada ó pública, la privacion de los socorros de la beneficencia y una multa que corresponda al jornal de un dia. Raro es el que llega á proponer la pérdida de los derechos políticos y mucho menos de los civiles.

¡Cuánto y cuánto no habria que decir sobre este y otros sistemas de penalidad aplicados á los padres de familia! Como se trata de pobres, y de lo que trabajen se ha de mantener el hijo, viene á resultar que esas prisiones, esas multas y esa privacion de socorros benéficos refluyen necesariamente en las infelices é inocentes criaturas á quienes se quiere proteger. Son penas que afectan al ofendido más que á los ofensores. Y no hablo de las reprensiones públicas y privadas tan humillantes como indecorosas, que, aun no haciéndose á la vista del hijo y con sólo que de ellas tenga noticia, bastan para rebajar la autoridad paterna, y, como decia el conde Foucher de Careil en una frase enérgica por más que sea un tanto rebuscada, degradan en el padre la estatua de Dios.

Para librarse de esta nota se ha buscado la salida de oponer á los derechos del padre los derechos del hijo. Pretenden que estos dos derechos son distintos y casi antagonistas. Inventan para el niño un derecho á la instruccion, y levantándolo enfrente del padre, van á depositarlo en manos de la sociedad. Tengan cuenta con lo que hacen, porque estos derechos *independientes* pueden conducirnos bastante léjos. Si el niño es capaz de poseer derechos *ante la sociedad*, ¿quién sino el mismo padre los ejerce? Durante el periodo en que el hijo carece de personalidad, no tiene otra voluntad que la de su padre. Todo derecho que implique la manifestacion de alguna voluntad, solamente por conducto y bajo la autoridad del padre de familia debe ejercerse. Ó no hay familia, ó así debe ser; ó no existe el derecho familiar, ó juntamos en la voluntad del jefe los deseos, las pretensiones, las necesidades de todo aquel que es incapaz de obrar y discernir. Lo proclama el derecho natural, lo consigna el positivo, lo afirma un sentimiento general é innato en la conciencia pública. Esos fraccionamientos de derechos, esa continua inmixtion de un derecho social primeramente en la esfera del individuo y despues en la esfera de la familia, nos llevan en derechura á la doctrina de la personalidad *única*, al concepto panteista de la vida, á aquella alma universal eternamente sabia y eternamente justa que, encarnada en alguna institucion ó tal vez en

un solo hombre, todo nos lo dicta, todo nos lo impone: una fe, una ciencia, una industria, una pauta para gobernar el corazón, nuestro cariño y nuestros amores á gusto del que mande.

El clero, que en ciertos países no se ha mostrado muy propicio con la instrucción obligatoria, sabe invocar, en provecho de sus intereses, la peregrina teoría de los derechos del niño. ¿Quién no recuerda la famosa cuestión del niño Mortara y la grande excitación que produjo en Europa? Pues en lo de Mortara, el clero no hizo más que oponer los derechos del hijo á los del padre. Fundándose en que es depositario de la verdad, arrancó al niño del hogar paterno, instruyóle en una religión distinta de la que profesaba su familia, y cuando ésta empezó á reclamar, el niño contestaba en virtud de *su derecho*: «no; vosotros me enseñaríais el error y yo quiero permanecer entre los que de él me han alejado.» Seguro estoy de que todos los defensores de la instrucción obligatoria *en nombre de la razón* pondrían entonces el grito en el cielo. ¿Con qué derecho? ¿Fué aquello más que introducir en la familia una autoridad extraña? ¿Fué más que ir á ocupar el puesto del padre y hacer de una sola dos voluntades? La instrucción forzosa lo pretende para la ley civil: el clero lo reclamó para la Iglesia. ¿Vamos ahora á discutir quién puede más ó quién tiene mejor derecho, si el Estado laico ó el Estado sacerdote?

XIII.

Concretemos un poco la cuestión. Por confesión de los más ardientes, la parte obligatoria de la instrucción debe limitarse á la lectura, escritura, las cuatro reglas, el sistema métrico y unos rudimentos de la lengua patria. Fijémonos en la lectura. Se aprende á leer como medio de comprender lo que se lee. ¿Qué medidas pensáis tomar para que el niño llegue á adquirir conocimientos útiles por medio de la lectura? ¿De qué recursos disponéis para que retenga siquiera el arte de leer que le habeis enseñado? Pero dejé esta observación, porque se me ocurre otra de más importancia. Una de las razones que os mueven á decretar la instrucción obligatoria es el corto número de mozos que saben leer y escribir entre los que se presentan para el servicio militar. Si son tantos los que tienen esta mala conformación moral (dispénsenme la palabra), no son pocos los que hay que eximir por mala conformación física. Pregunto: ¿por qué no decretáis en seguida la higiene y la gimnasia obligatorias?

Dejémos eso también; pero la instrucción moral ¿dónde lo dejamos? ¡Ah! este es el caballo de batalla de la cuestión; este es el gran escollo en que tropiezan nuestros adversarios. Si fueran lógicos, si considerasen al hombre tal como es, no solamente

deberían incluir en la ley la instrucción moral y religiosa, sino que la harían cien veces más obligatoria que la lectura, la escritura y la aritmética. Prusia así lo entiende; pero ellos no lo hacen, es decir, no se atreven á hacerlo. Mil subterfugios buscan para sincerarse y explicar esta contradicción; pero no hay escapatoria posible. El hombre es un ser complejo y armónico. No se fraccionan sus elementos; juntos existen, juntos han de vivir y ambos quieren ser constantemente atendidos. Desde que uno nace hasta que se muere, la parte moral debe cultivarse, la educación ha de ser integral y armónica también. Es más: ó la civilización no existe, ó lo moral ha de prevalecer sobre lo físico. Esto ni necesita decirse: tan arraigado está en la conciencia. Combatía yo hace un momento los derechos del niño independientes del padre: si por ventura tales derechos existiesen, ¿dónde cabrían mejor que en lo que á la vida moral se refiere? Habría derecho para exigir un silabario, ¿y no le habría para enseñar las reglas del deber!

¿Con que el hecho de crear hombres y ciudadanos es cosa que depende del simple mecanismo de la lectura? No lo repitan muy alto, porque es ponerse en ridículo. Dicen que la sociedad está desquiciada, que el mercantilismo y el industrialismo nos avasallan, que el sensualismo está en todas partes, en todas, en el arte, en la ciencia, en la política, en la religión, en las amistades: dicen que hemos de recobrar no sé qué niveles perdidos ó buscar niveles nuevos. Esperad un momento: todo lo remediaremos en veinticinco años con una buena infusión de primeras letras.

Si somos tan perversos, ¿dónde está el asiento de nuestro mal? Sin duda en que la energía moral ha venido á ménos. Pues manos á la obra y á rehacer esta energía. ¿Os dedicáis á ir inventando obligaciones legales? Empezad por aplicarlas á lo más íntimo y urgente. Hablabais de padres que mutilan á sus hijos porque dejan su inteligencia *sin letras*: ¿cómo no pensáis en otras mutilaciones horribles que pueden dejarles *sin corazón*?

Hago á nuestros adversarios la justicia de creer que, penetrados de estas razones, incluirían de buena gana la instrucción moral en la primaria obligatoria. Ya dije que no se atreven, y el motivo es evidente. Si tal hiciesen, irían á parar á la dominación clerical ó á la religión del Estado. Ante esta doble eventualidad, sublévase y se retrae su conciencia de libres pensadores. No se dan, sin embargo, por vencidos. De la dominación clerical se desentienden proclamando la enseñanza laica y haciendo multitud de distinciones entre la instrucción moral que dejan para el orden civil y la propiamente religiosa que abandonan á las respectivas comuniones. Aun así, tropiezan con el ejemplo de Prusia, cuya

larga experiencia no deja lugar á dudas ni á interpretaciones sobre la tendencia natural de la escuela obligatoria. Jamás ha separado Prusia la instrucción moral y religiosa de la primaria legal. Ya las mezclaba y confundía en el primer reglamento general que se remonta al año de 1763, y de allí lo tomaron los reglamentos particulares de las varias provincias prusianas, tanto católicas como protestantes. Apenas instalados en la Alsacia-Lorena, lo primero que hicieron los prusianos fué decretar la escuela forzosa; y en una especie de bando del gobernador general, deudo por más señas de Bismark, se ordena y manda que las penas por contravención á la enseñanza obligatoria se extiendan á aquellos que dejen de frecuentar los ejercicios de instrucción religiosa.

Es menester advertir que en Alemania esta clase de instrucción corre á cargo de los ministros de la religión respectiva, bajo la inspección del Estado. Un alemán de los más apasionados nos lo explica de la siguiente manera: «Llamado el niño á cumplir un destino religioso, depende de la única autoridad que tiene la misión de revelársela. La Iglesia tiene sobre él un derecho superior de enseñanza, y en el ejercicio de este derecho le asiste un auxiliar, que es el Estado.» Más claramente que Rendu no hablarían los PP. de nuestros Concilios de Toledo, ni los Reverendos de la Compañía.

Heine, que no es alemán, sino aleman, explica en otra forma y más gráficamente ese maridaje de ambos poderes para encauzar los sentimientos morales. Dice que es la vara del cabo rociada con agua bendita.

XIV.

Es mucho empeño este de hacer atropelladamente por medio de una ley lo que la opinión va realizando por sí sola bajo la influencia del progreso. Que la instrucción primaria se ha desarrollado muchísimo en lo que va de siglo, lo dice nuestra misma España, á quien cito de propósito porque no es de las naciones que figuran en la primera línea del movimiento intelectual. Efectivamente, en el ramo de primera enseñanza, tenemos detras únicamente al Austria, la Grecia, la Rusia, y tuvimos hasta hace poco á la Italia, que ya nos va aventajando desde la época de sus anexiones. Véanse, sin embargo, los aumentos que hemos conseguido en la instrucción de los niños, sin haberla jamás declarado forzosa. En 1797 concurrían á la escuela 393.726 niños de ambos sexos; en 1846 fueron 662.611; en 1855, 1.004.974; en 1860 subieron á 1.101.529; á 1.369.077, en 1865; y á 1.425.339, en 1867 (1). No necesito acercarme más. Comparadas

(1) Los datos relativos á 1870, que me ha facilitado el Ministerio de Fomento, limitaron á 1.410.476 el número de niños que asistían entonces á las escuelas primarias.

entre sí las cifras de los tres últimos años, resulta en el número de alumnos el aumento de un 24 por 100; advirtiéndose que se ha señalado más en las niñas, cuyo número mejoró en un 39 por 100, al paso que el de niños no excedió de un 11.

No se niega este importante mejoramiento hecho en condiciones de libertad, y naturalmente más acentuado en otros países. Pero á esto dicen los partidarios de la instrucción obligatoria que no es lícito esperar para el porvenir un progreso proporcional al que hasta ahora se ha realizado; que cuanto más avancemos, mayores obstáculos hemos de encontrar; que, al paso que se lleva, habríamos de tardar un siglo en ponernos al nivel de las naciones cultas; que la incuria, la indiferencia y el olvido de los principios morales y religiosos forman una especie de coalición, contra la cual no hay arma más poderosa que la ley; que una buena parte de la instrucción libremente adquirida no existe más que en el papel, porque muchos niños que se cuentan como alumnos la abandonan después de empezada. Y refiriéndose á España, añaden que aquellas cifras generales de alumnos no expresan toda la verdad y pierden su importancia considerando que de los 36.509 grupos de población que existen en la Península é islas adyacentes, todavía hay 7.091, esto es, el 19 por 100, sin escuela de niñas y 2.472 sin las de niños; de manera que, después de tanto alambicar y de tantas ponderaciones, sólo nos resulta un alumno de instrucción primaria por cada 12 habitantes.

Yo, ante todo, desearía saber cómo se las gobernaría la ley en el sistema forzoso para evitar que los niños tomen y dejen las primeras letras. El certificado de escuela, única arma que tiene, es un recurso falaz y estéril si con él se ha de probar, no la asistencia á la escuela, sino la instrucción efectiva. También quisiera averiguar por qué han de ser mayores los obstáculos para la instrucción á medida que su necesidad va penetrando más en la conciencia pública; y de aquella pretendida coalición contra la enseñanza no tengo noticia, como no vayamos á países muy atrasados, que en Europa apenas son conocidos. Sé que todavía no tenemos más que un alumno primario por cada 12 habitantes; mas á esto opongo un hecho contundente. Con instrucción obligatoria, Prusia tiene 1 alumno por 7 habitantes, y Suiza 1 por 6; pero sin instrucción obligatoria, Holanda ha tenido cerca de 1 por 7, la Baviera 1 por 6, Bélgica y el Canadá 1 por 5, y los Estados-Unidos, que en su inmensa mayoría no tienen escuela forzosa, 1 por 4. Comparando cifras dentro de la misma Unión anglo-americana, el Estado de Nueva-York tiene 1 alumno por 4 habitantes, sin instrucción obligatoria; Massachussetts, con instrucción obligatoria, tiene

4 por 5. El terreno de las cifras es el peor que pueden escoger los *forzadores*.

Se me figura que no han de ser más afortunados con las razones de autoridad. Vemos que en los Estados-Unidos hay dos que practican la instrucción obligatoria. Llámala *compulsory education*, frase que vale un Perú, porque involuntariamente nos trae á la memoria el *compelle* de los sistemas inquisitoriales. ¿Cómo, siendo tan buena la obligación, no la conoce la gran República en los treinta y cinco Estados restantes, sin contar los once territorios? Para mí no es argumento aquella excepción contra la libertad en un pueblo libre.

No en dos, sino en muchos Estados tenía la esclavitud, y sin embargo, después de llorar tan gran desvarío, el mismo Washington que se hubiese levantado de la tumba hubiera proclamado á su patria el país clásico de las libertades. No seamos como aquellos personajes nimios que encuentran afinidades entre el régimen anglo-americano y las tradiciones del absolutismo europeo, solamente porque en Boston les mandaron apagar el cigarro en medio de la calle. ¿Acabarán de molestarnos con el eterno tema de los Estados-Unidos? Ya sabemos que están plagados de defectos, pero á un pueblo grande se le mira en conjunto, en sus trazos generales y no en el detalle. Se ve cómo improvisa una defensa, cómo saca de la nada los primeros generales y los primeros marinos, cómo es capaz de pagar en 20 años una deuda de 16.000 millones de pesetas, cómo se extiende, cómo aumenta su población en millon y medio anual de almas, cómo cultiva sus tierras, cómo levanta fábricas, cómo se empieza á elaborar un arte y una literatura nacionales, cómo sabe gobernar cien razas distintas con media docena de juristas y media docena de plantadores. Como sabe instruirse y educar á la infancia, no lo dicen unos cuantos niños formados bajo las férulas legales del Massachussets y del Conecticut; lo dice la perfección de sus escuelas de gramática, lo dicen sus *lessons on objects* ó sistema objetivo, ingenioso descubrimiento debido á particulares inspiraciones y no á la previsión de los legisladores. Hechos de otra naturaleza lo dicen también y con más elocuencia. ¿Qué país aquel donde un Peabody cede 20 millones de su fortuna para la instrucción, donde un cervecero de Poughkeepsie regala dos millones, donde un simple jornalero hecho rico destina dos y medio para fundar la Universidad de Itaca!

Al caer Inglaterra en la tentación, sin duda no se acordó de los precisados datos de 1867, que en sus poblaciones industriales desmentían la eficacia de la instrucción obligatoria aplicada á los talleres. En Francia será cuestión de antojo, más propio del carácter impresionable de la raza, que de la reflexión. Cuando Austria fué derrotada en 1866, cor-

rrieron los franceses tras el fusil de aguja, porque dieron en decir que con él había triunfado la Prusia: hoy corren tras la instrucción obligatoria suponiendo que con ella y no con otras superioridades les han vencido los prusianos.

Ante esa estupenda afirmación, no hay más que encogerse de hombros; y sería bien averiguar con qué clase de instrucción obligatoria vencieron á la Francia el pueblo español en Bailén y el pueblo ruso en la Berezina. Prusia se acomoda á las mil maravillas con el sistema obligatorio porque responde á sus tradiciones *federicas* de centralización, régimen militar y poder absoluto. Conociólo Fichte antes que Bismark, cuando decía que el servicio militar forzoso supone el servicio forzoso intelectual. Por lo mismo es más extraño que no repugne á aquellos que, empapados en el espíritu del siglo, tienden, por el contrario, á democratizar. Y todavía es más extraño que no repugne á los franceses, cuando ya se están lamentando del uso á que el fiero conquistador destina la instrucción en las provincias que ha guardado entre las uñas. Quisieran nuestros vecinos que á lo ménos quedase allí el espíritu francés, y temen que la escuela forzosa de los prusianos acabará por borrarlo enteramente. Más les preocupa la invasión del dómine alemán que el triunfo pasajero de las armas. Leen en la *Gaceta de Carlsruhe* que la mejor manera de *desfrancesar* la Alsacia es imponerle el régimen de la instrucción legal, y no comprenden ó no quieren comprender que este régimen es y será siempre *un arma política* manejada por el vencedor extranjero ó nacional para quitar á la masa del pueblo el gusto y el hábito de las libertades.

Tomándolo por la inversa, los partidarios de la instrucción obligatoria buscan una razón política en el sufragio universal y en el deber que tienen todos los ciudadanos de conocer las leyes. ¿Cómo votará bien el que no sepa leer ni escribir? ¿Cómo conocerá las leyes el que no sepa leerlas? Desde luego no veo por qué el voto del ciudadano ha de ser precisamente escrito. En buena doctrina democrática el derecho de sufragio es natural: la condición externa de la escritura no puede afectarle sustancialmente. Si porque el votante sabe leer y escribir habeis de figuraros que su voto será más ilustrado ó ménos ocasionado á engaños ó supercherias, padeceis un gravísimo error. Aun en el sufragio restringido, grande es el número de los que no solamente leen y escriben, sino que tienen *muchas letras*, y sin embargo votan por consejo, inspiración ajena, recomendación de amigo ó acaso por temor. No por estos abusos se condena el sufragio ni mucho ménos.

Cuando los enemigos del sufragio universal nos echen en cara que con él vamos al predominio del número sobre la capacidad y la razón, haremos ma-

en contestarles que esta capacidad y esta razon las tendrán las masas con la instruccion primaria obligatoria. Se reirán de nosotros, y con justísimo motivo. Desde el momento en que admitais un grado de instruccion necesaria para ejercer el sufragio, ellos os dirán que el que más sabé tiene para ello mejor derecho. Buscad más arriba los fundamentos de la extension del sufragio; contad, si quereis, con la cultura general del espíritu y con la educacion moral y política, pero no cometais la torpeza de encerrar la conciencia del voto en las primeras letras. Dirán que os pareceis al orador griego que proponía conceder el derecho de votar en público, no á las mejores cabezas, sino á los mejores pulmones.

Existe realmente la ficcion legal de que todo ciudadano conoce las leyes que ha de cumplir. Publícanse en gacetas, monitores ú otros diarios oficiales, y se sobreentiende que los leemos ó los podemos leer. ¿Y de aquí vamos á deducir que el Estado tenga obligacion de enseñar la lectura? Si hiciese como aquel emperador romano de quien se cuenta que ponía las leyes en sitio muy alto y en caracteres menudisimos para tener ocasion de atrapar descuidos; si dificultase ó impidiese la enseñanza en vez de facilitarla, ya entregándola á la libertad, ya propagándola directamente (que en esto no me meto ahora), entónces sí que en el Estado recaería la responsabilidad de las infracciones legales. Al presente no; y estando la escuela abierta, la responsabilidad *puramente moral* de no saber leer se queda para el que no aprendió ó para el que no cuidó de que su hijo aprendiera.

Poniéndonos en otro terreno, ¿tan seguros estais de que todo aquel que sepa leer conocerá las leyes? ¿Cuántos leen de corrido, y no solamente nunca las leen, sino que si las leyesen no las entenderian! ¿Cuántos, por el contrario, sin conocer una letra, las saben al dedillo! De grandes criminales y de otros adocenados se ha dicho que tienen el Código penal en la uña y pueden dar quince y falta al abogado más ladino. Ya que hablo de abogados, ¿hay en su misma profesion quien, despues de pasarse la vida manejando leyes, llegue á conocerlas todas? Vengan los Romilly, los Chaix-d'Est-Ange, los Berruyer, los Cortina, y apuesto á que en cantidad de materia legal se han quedado á mitad de camino. Porque en su larga práctica se les hayan escapado muchas leyes y otras las entienda cada cual á su manera, ¿estarían ménos obligados á cumplirlas?

XV.

He dejado para lo último los inconvenientes económicos de la instruccion obligatoria. Si tuviera las ventajas que sus partidarios le atribuyen, no hablaría de lo caro, de lo carísimo del sistema. Lo es tanto, que aunque no fuese por otra razon, difícil-

mente hemos de ver introducida en España esa pretendida conquista de la civilizacion moderna. Ya podría preparar el Gobierno locales á millares, ejércitos de maestros y un presupuesto más que mediano para libros, impresiones y material de escuelas. Doscientos millones de francos se calcularon en la vecina República para lo más indispensable. Por ahí tiene que principiarse la nacion que quiera echarse encima aquella carga, sobre serle difícil la eleccion, si ha de hacer algo de provecho, á la altura á que han llegado los métodos de enseñanza, con los progresos de la pedagogia y entre las mil novedades con que diariamente nos sorprenden los alemanes y anglo-americanos. En los sistemas de enseñanza oficial, mientras el Estado se limite á enseñar, dejando libertad para aprender ó no, se le perdonarán muchas faltas, se le tolerará que la instruccion sea manca ó defectuosa, mayormente si permite á los particulares alguna competencia. Mas cuando el Estado nos obliga á asistir á la escuela, ya que habría derecho para exigirle lo mejor, debe haberlo para pedirle siquiera lo bueno. Sea ciudad, sea villa, sea lugar ó simple caserío, allí donde haya un solo padre que no se ocupe en la instruccion de su hijo y falte escuela privada, tendrá el Gobierno que ponerla pública, con más empeño y asiduidad en las poblaciones rurales donde el atraso es mayor, profunda la ignorancia y más comun la resistencia á las luces. Para que no se malogren sus afanes, dará variedad á su instruccion obligatoria, acomodándola á las circunstancias de cada comarca y haciéndola más ó ménos teórica, práctica ó pintoresca, según lo reclamen el gusto, inclinacion y género de trabajo propios de las localidades respectivas.

Cuidado que no me quejo del gasto en sí, y declaro que una de las cosas que más recomiendan á los anglo-americanos es el inmenso capital que destinan á la enseñanza. No hay manos bastantes para aplaudir á un pueblo que en el Estado de Nueva-York dedica á la instruccion 10 pesetas por individuo, 11 en la Pensilvania, 12 en la California, 13 en el Ohio, 14 en el Illinois, y 15 en el Massachusetts. Pero allí este enorme capital lo han ido acumulando y lo aplican las generaciones bajo un régimen de libertad: no así el sistema legal, que tiene que levantarlo de golpe y destinar repentinamente á un solo objeto la mayor parte de la fortuna pública. Que á la vez pongan manos á la obra el Estado, la Provincia y el Municipio, eso poco importa. De todas maneras el gasto sale del bolsillo del ciudadano, y para ello no hay más que dos caminos: ó aumentar las contribuciones ordinarias, ó crear una especial para las atenciones de la instruccion forzosa. Aquí sobreviene otra dificultad. Los socialistas baten palmas al oír hablar de una contribucion especial para la enseñanza, porque bueno es, dicen, que los ricos paguen

en provecho de los pobres. Vana diligencia, porque si los ricos pagan primero, pobres son los que á la postre ayudan á soportar el gasto definitivo. Impóngase la contribucion especial sobre la propiedad ó sobre la industria, créese un impuesto sobre la renta, y subirá el alquiler, y los productos se encarecerán, y saldrán recargados todos los consumos con quebranto para el rico, con quebranto para el pobre. Se echará una nueva carga sobre las clases proletarias so pretexto de aliviarlas y atender á sus intereses. Véase, pues, cómo *nunca es verdad que la instruccion obligatoria sea gratuita*; que si el padre no paga directamente la escuela, se la hacen pagar indirectamente en otro lugar, como no sea que vayamos tambien á tasar los precios, de cuyo ridículo, absurdo y condenado expediente no están por cierto muy distantes algunas escuelas socialistas.

Conozcamos las verdaderas causas de la negligencia de las clases pobres en materia de instruccion. A veces depende todo de que la escuela está distante; otras de que no comprenden la ventaja de adquirir algunos conocimientos, pero lo más frecuente es que el pobre no hace instruir á su hijo porque le necesita en casa para trabajar. El primero de estos males se ha ido remediando con el sistema de maestros ambulantes, introducido ya en varias partes sin apelar á la fuerza ni á mandatos legales.

El segundo es mucho más grave. De la repugnancia á la escuela entre los pobres, y sobre todo en los pueblos rurales, pueden tener la culpa la ignorancia y las preocupaciones; pero es más comun que la tengan las antipatías contra cierta clase de maestros. Molestado un dia Tayllerand por las exigencias de un padre, lanzóle al rostro esta frase que pasaría de blasfemia, si no fuera un mero rasgo de agudeza: «El padre de familias es una calamidad.» Al ver lo que hay empeño en que sean algunos dómines de pueblo, no faltaría quien dijese que es una calamidad el maestro de escuela. Libreme Dios de referirme á la clase en general, tan meritoria, tan respetable, y hoy en nuestro país tan desdichada. Hablo de aquellos cojos de Villaornate, de quienes la política menuda ha pretendido hacer unos correvidiles de la autoridad, muñidores de la fábrica electoral, espionaje de los desafectos, raíz de las cábalas, intrigas, rencillas y otras ruindades de vecindad. ¿Qué concepto habrían de formar de la instruccion primaria los sencillos lugareños si la viesan solamente al través de tales personajes? Pues dadles alas todavía; concededles el mero y mixto imperio; poned en sus manos la autoridad que, si no castiga al padre remiso, puede al ménos delatarle para que se le castigue, y excuso ponderaros los frutos que obtendreis de vuestra política popular.

La tercera y la más poderosa de las causas de flo-

jedad en los padres, es la indigencia. Privar á una familia pobre del trabajo de sus hijos, es una solemne injusticia. ¿Se la priva de este recurso? Hay que indemnizarla. Hagamos alto aquí, y veamos cómo nos salen al paso. Dicen que la obligacion de concurrir á la escuela no alcanza más que hasta los doce años, y como en esta edad es cuando empiezan á ser útiles los niños, y algunas legislaciones tampoco les abren hasta entónces las fábricas y los talleres, nada pierde el padre, ni tiene derecho para reclamar un céntimo. Tantas afirmaciones como inexactitudes. En primer lugar (y esto no necesito demostrarlo), la edad en que empieza el niño á ser útil depende de mil circunstancias, que es imposible reducir á un tipo general: en segundo lugar (y esto lo tengo ya demostrado), las leyes de niños varían muchísimo en la edad de entrada para taller ó fábrica: Prusia fija doce, pero quién fija diez, quién nueve, quién ocho años. Luego la indemnizacion es de rigor, y el que no la dé echa sobre las clases proletarias *una segunda carga*, que añadiremos, si me lo permiten, á la primera que sufren por la contribucion indirecta para instruccion primaria.

Ese punto de la indemnizacion es serio: serio por lo que costaría; serio por lo que representa. ¿Queréis saber lo que es esta indemnizacion? El reconocimiento implícito del DERECHO Á LA ASISTENCIA. El trabajo del hijo es para el padre ó para la familia pobre, que es igual, un suplemento de salario. Ocupando al hijo en otras atenciones, el suplemento lo da la ley. No es que lo dé: es que tiene que dárselo. La obligacion legal impuesta al padre en la escuela, supone otra obligacion legal impuesta al Estado en el hogar: el derecho del Estado para sustraer el hijo al salario supone un derecho correlativo del padre á reclamar del Estado *aquel* salario. Más claro no puede ser. Y como el derecho á la asistencia y el derecho al trabajo se relacionan íntimamente, derivándose del mismo principio, y no es posible admitir uno de ellos sin caer en seguida en el otro, la instruccion obligatoria entra de lleno en las soluciones socialistas, y por el socialismo pecan los que la defienden, aunque otra cosa intenten probarnos. Eso tiene el neo-socialismo, que engaña á más de un incauto y hace creer que es liberal si no se le busca la filiacion cuidadosamente. Ya se la hemos tomado en la cuestion de los niños y mujeres: concluyamos nuestra tarea, buscándole igual filiacion en sus doctrinas generales sobre el trabajo y el salario.

JOAQUIN MARÍA SANROMÁ.

UN MATRIMONIO ARISTOCRÁTICO.

(Conclusion.)

XI.



Desde aquel día se trabó entre los principales personajes de esta historia una correspondencia bastante larga y activa, de la que únicamente publicaremos la parte necesaria para la inteligencia del relato.

LA SEÑORA DE LAURIS AL SEÑOR DE RIAS EN PARIS.

Trouville 23 de Agosto.

«Querido caballero: Ayer, después de marchar usted, tuvo su esposa la amable ocurrencia de venir á pedirme hospitalidad hasta el regreso de su madre. ¿Le parece á usted bien?»

EL SEÑOR DE RIAS Á LA SEÑORA DE LAURIS.

«Querida señora, me parece perfectamente.»

LA SEÑORA DE LAURIS AL SEÑOR DE RIAS.

«Usted me alienta. ¿Me autoriza usted para mostrarme soberanamente indiscreta?»

EL SEÑOR DE RIAS Á LA SEÑORA DE LAURIS.

«Cuanto más indiscreta sea usted, más me agrada.»

LA SEÑORA DE LAURIS AL SEÑOR DE RIAS.

«No sé; pero de todos modos, empiezo.—Querido primo, no he sido tan insensible como manifesté á la lisonjera reconvencion que me dirigió usted el sábado último. Según dijo usted, yo he sido la causa determinante de su matrimonio... Mi deslumbrador mérito dió á usted tan ventajosa idea de mi sexo, que repentinamente se disiparon todas sus objeciones contra el matrimonio, como se disipa la niebla ante el astro del día... Muy bien. Acepto el cumplimento, con tal de que me permita usted cumplir los deberes que me impone, y considero comprometido mi honor en realizar las esperanzas que le hice concebir. Quiero que en su matrimonio sea feliz. Dirá usted que ya es tarde; no lo creo, y me consagro á probar á usted lo contrario; pero es necesario que me secunde usted con su confianza y buena voluntad: es indispensable que pueda exigir á usted algunos sacrificios en caso necesario... Por ejemplo (y echo la sonda): ¿es usted capaz, á pesar de su pura esencia parisien, de emprender un viaje fuera de Francia cuando demuestre á usted la oportunidad?»

EL SEÑOR DE RIAS Á LA SEÑORA DE LAURIS.

«Sí, si usted me acompaña.»

LA SEÑORA DE LAURIS AL SEÑOR DE RIAS.

«Veo que no me perdona usted el que la otra noche defendiese á su esposa en contra de usted, y se venga con una impertinencia. Yo también voy á vengarme á mi manera. No ocultaré á usted que nuestra conversacion me dejó cierta impresion de simpatia hácia usted. Su acento sincero y doloroso me impresionó. Empezaba á persuadirme de que me había engañado al acusarle, ó al ménos al acusar á usted solo de la tristeza de su hogar. En una palabra, no solamente por cariño á María, sino también por aprecio á usted, le ofrecía mis humildes servicios. Ahora sólo me resta ofrecerle mis excusas.»

EL SEÑOR DE RIAS Á LA SEÑORA DE LAURIS.

«Querida señora, me avergüenzo profundamente de mi necedad. Confesaré á usted francamente que me encontraba bajo el dominio de la idea de que se había vendido usted al enemigo, y que se preocupaba únicamente de sus intereses. Usted se dignará convenir en que su proposicion, algo brusca, de hacerme viajar fuera de Francia, no era la más á propósito para modificar esta amarga conviccion.

»Su amable carta me entrega á usted por completo. Ya no bromeo, no reflexiono; oigo y obedezco. Estoy dispuesto á creer que al invitarme á viajar, me da usted una prueba muy marcada de su benevolencia. Confesará usted que es imposible llevar más lejos la confianza y el respeto. Espero sus órdenes y arreglo la maleta.»

LA SEÑORA DE LAURIS AL SEÑOR DE RIAS.

«¡Todavía un poco de acritud... pero al fin sumision! Esto me basta.

»Abandono, caballero, el tono ligero que tan poco conviene á la gravedad de mis pensamientos ni á la de los de usted. Usted ha comprendido que estoy enterada de todo por su esposa. Usted la dirigió palabras muy graves, muy ofensivas, y dispense usted que se lo diga, muy imprudentes. Después de aquella escena, y en el estado en que cada cual se encontraba, ¿no comprende usted que la intimidación era muy difícil? ¿que la vida comun, reanudada en seguida, no podía tener otro resultado que el envenenar sus mutuas heridas y hacerlas incurables? ¿No cree usted que es necesario dejar pasar tiempo para que cada cual se calme, olvide las ofensas recibidas, y recordar tal vez las propias culpas? Suplico á usted que piense estas cosas conmigo.—Su esposa regresa á Paris dentro de ocho días,

* Véanse los números 111, 112, 113 y 114, págs. 222, 258, 295 y 342.

En otro tiempo oí decir á usted que le convendría pasar algún tiempo en Inglaterra dedicado á sus investigaciones históricas, pero que no tenía usted valor para decidirse á ello. Suplico á usted que tenga ahora ese valor. Tengo el profundo convencimiento de que depende de ello la felicidad de su vida. Durante su ausencia yo quedo encargada de su esposa: vivirá en su casa ó con su madre, como usted quiera, pero nuestra existencia será comun.—Continúa siendo digna de usted, estoy convencida de ello y lo aseguro; pero esto no es bastante, puesto que usted no la quiere tal como es... ¡Pues bien! haré todo lo posible para que usted encuentre en ella la mujer de sus pensamientos,—es decir, la mujer de marino, ¿no es esto?—Pero si usted quiere conservarla tal como espero devolvérsela, también tendrá usted que realizar algunas reformitas por su parte. Sobre este particular tengo ideas que maduraré en mi alta sabiduría, y tendré el honor de exponérselas á su tiempo y lugar.»

EL SEÑOR DE RIAS Á LA SEÑORA DE LAURIS.

«Querida señora: Acepto la prueba. Nada espero para mi felicidad, pero lo espero todo para mi justificación. No tardará usted en reconocer que hay locuras incurables que desaniman, que desesperan al cariño más paciente: cuando llegué este caso, me hará usted más justicia y no me arrepentiré del sacrificio que me impongo si me sirve para conquistar la amistad de un corazón tan delicado y generoso como el de usted.

»Dentro de dos días parto para Londres.—Deseo que la señora de Rias continúe habitando en su casa, y ruego á la señora Fitz Gerald que se digne darme alguna vez noticias de mis hijos.

LA SEÑORA FITZ GERALD AL SEÑOR DE RIAS,
EN LONDRES, HOTEL CLARENDON.

Paris, Octubre.

«Mi querido Lionel: remito á usted las últimas fotografías de sus hijos, que continúan maravillosamente buenos. Han estado delante de la máquina con una formalidad superior á su edad. El fotógrafo estaba asombrado. Es un polaco cuyo nombre no me atrevo á escribir. La duquesa nos lo indicó. ¡Pobre mujer! ¡me causa pena con su primo de Pontis! El duque está muy ciego. En último caso, tanto mejor; pero volvamos á nuestros queridos niños. Son dos prodigios de inteligencia y de belleza, y me consuelan de muchas cosas. Usted me comprende, amigo mio. Supongo que estará muy adelantada la importante obra que usted escribe. Mi hija y yo nos alegraremos mucho de oírla leer. Será deliciosa. Esperamos salir muy poco este invierno. Mi hija no se separa de su prima de Lauris. Son Pablo y

Virginia. Leen juntas á Madama de Sevigné. Ya no se escribe como lo hacía aquella mujer.

»Adios, amigo mio. ¿Cuándo regresa usted?»

EL SEÑOR DE RIAS Á LA SEÑORA FITZ GERALD EN PARIS.

Londres.

«Perdonad, querida señora, aún se escribe como Madama de Sevigné, y la encantadora carta de usted es buena prueba de ello. Las mujeres escriben con una especie de genio natural que ningún arte podría imitar, ni aún el de los fotógrafos polacos. No me encantan ménos los dos retratos, y doy á usted mil gracias por su atención.

»Se digna usted preguntarme acerca de la época de mi regreso: sobre este asunto la señora de Lauris podrá decirlo mucho más que yo. ¿Estoy aquí por dos meses ó por diez años? ¿Debo solicitar la nacionalidad británica? Solamente ella lo sabe.

»Beso con el mayor respeto, querida señora, las manos más bellas del mundo. No hay nada que se les parezca en Inglaterra.»

LA SEÑORA DE LAURIS AL SEÑOR DE RIAS.

Paris, Noviembre.

«Dícenme, caballero, que desea usted saber cuánto durará su permanencia en el Reino Unido. Nada más natural; pero, como usted comprenderá, no podía decirlo de antemano. Todo debía depender del éxito que obtuviese en la obra que he emprendido. Su amable esposa se presta, á Dios gracias, con tan buena voluntad, que desde luego puedo limitar el destierro á corto número de meses—tres ó cuatro, ¿se conforma usted?—pongamos seis, puesto que, en último caso, se necesita tiempo para consolidar las cosas.»

LA MISMA AL MISMO.

Paris, Diciembre.

«Haría usted mal en suponer, querido caballero, que su esposa y yo pasamos la vida en la austeridad del claustro. A decir verdad, somos dos viudas muy alegres. Corremos por Paris como dos provincianas, y hacemos extraños descubrimientos, por ejemplo, el museo de Louvre, el de Cluny, el museo Carnavalet... ¿qué sé yo? Llegamos hasta el museo de Saint Germain, pasando por el pabellon de Enrique IV, donde almorzamos divinamente. Frecuentemente tenemos un guía muy amable y muy instruido (y que no nos compromete en nada absolutamente, puede usted creerlo), que nos enseña, nos explica, nos traduce... De esta manera, vamos rehaciendo agradablemente nuestros cortos estudios, algo descuidados, preciso es confesarlo. Repasamos la historia, la geografía, la retórica y hasta la filosofía como en un gran libro ilustrado. Viajamos á través del tiempo y el espacio como si viviésemos

alas. Pasamos de la edad de piedra al siglo de Luis XIV, de las habitaciones lacustres al hotel Rambouillet, y sabemos apreciar la diferencia.

»Pero tenemos demasiado que hacer dentro de casa para pasar todo el día fuera de ella. ¿No es indispensable empezar la educación de nuestros hijos? Un poco de alfabeto, un poco de piano, un poco de historia sagrada, esto es todo por ahora; pero más adelante, cuando sean capaces de ello, y nosotras también, haremos más. Además, tenemos nuestras flores: su esposa ha tenido la idea de vaciar las estufas de Fresnes para llenar su casa de flores y de follaje desde el piso bajo hasta el tejado. Todo esto viene y vuelve cada dos días para que las plantas no padezcan. Se reciben, se colocan, se riegan, se rocían y huelen muy bien.—Pero mejor huele aún nuestra lencería... ¿Qué cosa tan hermosa es la lencería, caballero! Quedará usted encantado de la suya. Caerá usted de rodillas delante de los grandes armarios con vidrieras en los que se ostentan pilas de ropa blanca como la nieve, sujetas con cintas azules, sembradas de saquitos de color de rosa, y perfumadas con sanos olores que hacen pensar en nuestras abuelas.—En una palabra, en nuestra casa reina el mayor orden y la mayor limpieza. Dispense á usted los detalles: lo dicho basta para demostrar á usted que tenemos interés por nuestra casa. Si quisiera dar á usted completa idea del empleo de nuestros días, tendría que hablarle también de nuestras obras de caridad; pero ¿en qué consistiría su mérito si hablásemos de ellas?

»Por la noche nos entregamos por completo al arte; teatro, música y lecturas, alternativamente. Leemos á Saint Simon cuando regresamos de Versalles, á Madama de Sevigné ó á Mr. de Lafayette cuando salimos del hotel Carnavalet, una novela de Jorge Sand cuando queremos soñar, y una revista de París cuando queremos dormir.

»Pero qué, me dirá usted, ¿nada de trapos, de bailes, de reuniones y fiestas de salón? Dispense usted, querido caballero: ante todo, somos mujeres de gran mundo, y no queremos dejar de serlo, aunque no fuera más que por no dejar de agradaros, porque os gustan mucho las caseras y matronas, pero á condición de que tengan las manos blancas, las uñas rosadas y los trajes bien hechos. Por consecuencia de esto, vamos á los círculos aristocráticos á nuestras horas; sabemos que la sociedad es un placer permitido, pero sabemos también que los placeres permitidos se convierten en vicio cuando se abusa de ellos. Así, pues, no abusamos. Damos á las distracciones sociales la parte accesoria que les corresponde en la existencia de una cristiana distinguida, y nada más.

»Le costará á usted trabajo creerme, caballero. Le parecerá imposible una metamorfosis tan brusca

y completa en las costumbres y gustos de su esposa. En efecto, así sería si no se explicase por una razón secreta que usted ni siquiera sospecha, que debo ocultarle y que es la siguiente: existe una persona á quien su esposa desea contentar, encantar y atraer, y esa persona, primo mío, creo que es usted, aunque indigno.»

LA SEÑORA DE LAURIS AL SEÑOR DE RIAS.

Marzo.

Oiga usted lo que se ha decidido. Dentro de pocas semanas regresará usted á París. Ha soportado usted la prueba hasta el fin con una resignación y lealtad que me interesan. Comprendo todo el valor de su confianza y la he justificado lo mejor que he podido. Ayudada por los consejos de mi querido hermano, al que yo misma debo lo poco que valgo, lo poco que usted aprecia en mí, he procurado prepararle una intimidad dichosa. Su esposa, por su parte, ha secundado mis esfuerzos con todo su corazón y toda su inteligencia. Sólo me resta pedir á usted que haga lo mismo que ella. No es esta la parte menos delicada de mi tarea, y necesito para realizarla cierta audacia de franqueza que recomiendo á su indulgencia.

»Mucho tiempo ántes de que recibiese sus confidencias, caballero, su matrimonio de usted era para mí objeto de reflexiones extraordinariamente profundas. El desagradable giro que había tomado me asombraba y me atormentaba en alto grado, confundiendo mi juicio, desconcertando mi lógica y hasta atormentando mi piedad. Conocía á su esposa como me conozco yo misma; creía conocerlo á usted también, y era muy duro de comprender que la unión de dos seres tan bien dotados y tan perfectamente dispuestos para la felicidad y la dicha, degenerase en mala inteligencia y en discordia. Si el matrimonio, aún contraído en estas raras condiciones de conveniencia y armonía, terminaba al fin en desastre, preciso era renunciar á él: la institución estaba condenada, y me costaba mucho trabajo admitir esto. Afortunadamente, á fuerza de atormentar mi pobre cabeza, concluí por descubrir que, en vez de echar la culpa al matrimonio, era quizá más justo atribuirlo á los casados, y particularmente, lo confieso, al marido.

»Bien sé que en Francia se educa demasiado ligeramente á las mujeres, y su educación es demasiado superficial, frívola y exclusivamente mundana, preparándola muy mal para el grave papel de casada: concedo á usted todo esto; pero, á pesar de ello, me atrevo á asegurar que, en tésis general, no hay una que no sea moralmente superior al hombre con quien se casa, y más capaz que él de virtudes domésticas. Y voy á decir á usted por qué: porque todas las mujeres poseen en grado más elevado que

el hombre la virtud capital del matrimonio, que es el espíritu del sacrificio; pero les es difícil renunciar á todo cuando el marido no renuncia á nada, y esto es precisamente lo que se les pide.

»Usted, caballero, ha creído ser un marido modelo, y, bajo muchos conceptos, lo ha sido realmente: hago á usted justicia; pero, sin embargo, tenía usted con la gran mayoría de sus cofrades un punto comun: el de formarse idea muy clara de los deberes que el matrimonio impone á la mujer, y muy vaga de los que le impone á usted mismo. El matrimonio no es un monólogo; es una pieza de dos personajes, y usted ha estudiado un papel que no es el suyo. Es usted demasiado sincero para no convenir en que su concepcion personal del matrimonio era sencillamente esta: añadir á las habituales dulzuras de su vida un accesorio agradable en la persona de una mujer honrada y graciosa, que adornase su casa, que perpetuase su nombre y le proporcionase, en fin, sin molestias por parte de usted, un suplemento de comodidad y respetabilidad. Usted, como todo su sexo, se ha preocupado mucho de encontrar en París, en provincia ó en la China, la mujer maravillosa que debía hacer todos los sacrificios sin exigir ninguno. No la ha encontrado usted; nadie la encontrará, porque ese pájaro raro que todos ustedes sueñan—la mujer del hogar—supone un pájaro más raro todavía—el hombre del hogar.

»¿Qué es, caballero, un hombre de hogar? No es el que borda á los piés de su esposa, que redacta la lista de los platos, escribe invitaciones, arregla las lámparas y da cuerda á los relojes. Llamamos hombre de hogar á aquel con quien leemos el mismo libro, con el que asistimos al mismo espectáculo, con el que admiramos el mismo cuadro ó el mismo paisaje, el que nos labra una vida intelectual y moral al lado de la suya, el que nos asocia, si no á todas sus ocupaciones, al ménos á todos sus ocios, y no aspira á ningun gusto, ningun placer, ningun interes de corazon ó de espíritu que no quiera ó no pueda compartir con nosotras; el hombre, en fin, que al casarse lleva francamente á su hogar todo lo que tiene y todo lo que vale, sin ninguna reserva egoista. Sea usted ese hombre y usted fijará á su esposa en su hogar, fijándose usted mismo, y el hogar no estará únicamente en su casa, sino que lo llevará en sí mismo como un altar doméstico. Se encontrará en todas partes donde usted vaya con ella; estará en su corazon y en el de usted, en todas partes donde confunda usted con ella, en afectuosa intimidad, pensamientos, impresiones, entusiasmos, creencias y caridad.

»Dios mio! es indudable, caballero, que el matrimonio es una empresa que promete inestimables beneficios, pero también tiene su capítulo de obli-

gaciones. ¿Lo ha leído usted? Temo que no, porque habría visto usted en él que gran parte de la educacion de la esposa depende del marido; que éste debe modelarla á su gusto, formarla segun sus deseos, elevar á la dignidad de sus sentimientos y de sus pensamientos ese corazon jóven, ese espíritu inocente que no desea más que agradarle: habría usted visto que es á la vez prudente y agradable añadir á los lazos que unen á la mujer y al marido, los que ligan la discípula al maestro, al instructor, al guía, al amigo.

»Oigo una objecion: ese corazon jóven, ese espíritu inocente se sustraía á sus cuidados, oponiendo su educacion fútil, sus gustos de disipacion, de vanidad, de coquetería, — en una palabra, la incurable frivolidad de la mujer. — Señor mio, yo no creo en la incurable frivolidad de la mujer, ni usted tampoco, porque diariamente ve usted, como yo, trasformarse esa incurable frivolidad, bajo el imperio de la pasion, de la piedad, de la fe ó de la desgracia, en abnegacion rígida y austera. ¿Por qué no había de ceder á la dulce autoridad del primer amor, tan poderoso en el corazon de la mujer, que mientras ella vive, aparece á traves de todo,—á traves de sus borrascas, de sus resentimientos, de sus venganzas y de sus remordimientos?

»No, confiéselo usted; no ha tratado de conseguirlo. Usted esperó que la niña con quien se casaba iba á convertirse de la noche á la mañana, por la sola virtud del sacramento, en esposa perfecta.—Pues no, señor mio, debía usted haber tenido la bondad de realizar por sí mismo ese milagro.

»A Dios gracias, he terminado el sermón. Dispénsese usted y dígnese meditar sobre este texto durante los últimos dias de su destierro, y no dejará usted de perfeccionar aquí la obra bosquejada por mis débiles manos.»

LA SEÑORA DE RIAS AL SEÑOR DE RIAS.

Abril.

«Mi querido Lionel. Has creído necesario dejar correr entre nosotros un periodo de recogimiento y de silencio. Me he resignado hasta el último momento; pero no puedo dejarte regresar sin que recibas una palabra de mi corazon. Creo que en adelante quedarás más satisfecho de tu cariñosa y fiel

MARÍA.

»Si no mandas lo contrario, pienso instalarme en Fresnes el 1.º de Mayo. Allí te esperaré. No perderé la compañía de mi querida Luisa, que al mismo tiempo se instalará en el Pabellon con su hermano.»

XII.

El señor de Rias era demasiado honrado, había sufrido mucho por la perturbacion de su hogar y la distraccion de su vida, para no presentir con en-

ternecimiento los días mejores que aquella correspondencia debía hacerle esperar. Estaba muy lejos de admitir como verdaderas las teorías de la señora de Lauris, que le parecían muy impregnadas de parcialidad por su sexo; pero después de todo, cualquiera que hubiese sido el origen de las faltas de su esposa, bastábale que las reconociese y se mostrase dispuesta á enmendarlas. Con la generosidad de su carácter, prescindió de la cuestión de amor propio, y sin cuidarse de establecer un peso más ó ménos equitativo de responsabilidades, resolvió aceptar francamente y de todo corazón la felicidad que parecía ofrecérsele de nuevo. Vió delicadeza de intencion en la idea de su esposa en instalarse en la quinta de Fresnes para esperar su regreso. Allí se vieron por primera vez, allí se amaron, allí se casaron: allí debían encontrarse para comenzar de nuevo su vida comun, y recobrar, por decirlo así, su union en el mismo manantial. En la intencion de su esposa había algo de tierno y amable, y el señor de Rias quiso responder á ello manifestando por su parte el apresuramiento y ardor del recién casado.

Quiso tener la satisfaccion de sorprender á su esposa, y adelantó dos ó tres días la fecha para que había anunciado su llegada. Pasó medio día en su casa de Paris, admirando el orden que reinaba en ella, y á las siete de la tarde partió para Fresnes, bajando del wagon dos horas después en la estación más inmediata á la quinta. No encontrando carruaje que le trasladase á ella, marchó alegremente á pié, dejando el equipaje en la estación.

Era una hermosa noche de primavera, dulcemente iluminada por un ligero perfil de luna y multitud de estrellas. Lionel avanzaba conmovido por aquel camino que tantas veces había recorrido con su joven esposa en la época de sus amores. A cada paso encontraba recuerdos queridos que ahora volvían á ser esperanzas.

Penetró misteriosamente en el parque por una de las avenidas del bosque, y pronto vió entre el nuevo follaje las luces de la casa. Su corazón palpitaba con violencia cuando se acercó á las ventanas del salón de familia, experimentando curiosidad por ver el interior ántes de penetrar en él. Su ilusión era encontrar á su esposa sola en aquella primera entrevista; pero la señora de Rias no se encontraba sola, lo cual nada tenía de extraordinario ni de particular, puesto que no lo esperaba.

Encontrábase en modesta y honrada compañía, rodeándola su madre, sus dos hijos, su prima Luisa, y el señor de Kevern. En un extremo del salón, la señora Fitz Gerald y Luisa tocaban al piano una sonata á cuatro manos. Cerca de la chimenea y delante de una mesa, la señora de Rias estaba arrodillada sobre una silla baja, apoyada graciosamente una

mano sobre la rubia cabeza de su hijo, mientras que á dos pasos estaba sentada su hija sobre las rodillas del señor de Kevern. Todos examinaban unos grabados muy grandes extendidos sobre la mesa, acerca de los cuales según parecía, el señor de Kevern les daba interesantes explicaciones; á juzgar por la profunda atención de los niños y de su madre. De tiempo en tiempo, aquellas lindas cabezas inclinadas se alzaban para dirigir al explicador una pregunta ó una sonrisa.

Este espectáculo no ofrecía ni el más leve carácter de disipacion mundana, y sin embargo, hizo experimentar al señor de Rias profunda sensación de desagrado. Había en aquella corta reunion, y sobre todo en el grupo en que figuraba la señora de Rias con Kevern, tal aspecto de intimidad tranquila y dichosa, que parecía verdaderamente una torpeza interrumpirla con una sorpresa, por agradable que ésta pudiera ser.

El señor de Rias se retiró de la ventana haciendo un gesto de disgusto, y después de dar algunos pasos, volvió: á medida que contemplaba la escena de familia que se ofrecía á sus ojos, un sentimiento más grave y profundo que la sencilla contrariedad se revelaba en sus facciones, contrayéndose su frente con dolor cuando vió á sus dos hijos, para quienes había llegado la hora de recogerse, abrazar al señor de Kevern y cubrirlo de caricias.

En el mismo momento trajeron el té. Lionel presumió que no tardarían en retirarse la señora de Lauris y su hermano, y determinó esperar su marcha para presentarse á su esposa. Entre tanto, empezó á pasear meditabundo por la alameda más próxima.

A los pocos minutos oyó abrir la puerta que daba al parque, y vió salir primeramente á la señora de Lauris y detrás á su esposa, apoyada en el brazo del señor de Kevern. Por la dirección de su marcha comprendió que la señora de Lauris y su hermano, seducidos por la belleza de la noche, regresaban á pié al Pabellon; y que la señora de Rias, según las apariencias, les acompañaba hasta la verja del parque. Dejóles alejarse, y siguió en seguida detrás de ellos, para encontrarse al paso de su esposa cuando regresase á la quinta. La casualidad le proporcionaba al fin aquella primera entrevista á solas que tan vivamente había deseado, pero que ahora, sin saber por qué, no le ofrecía ya un placer, una satisfaccion completa.

Vió de lejos á su esposa ántes de que ella pudiese verle, porque se ocultaba en la sombra que proyectaba el seto, mientras que aquella marchaba en plena luz por el centro de la alameda. Además, parecía profundamente absorta en sus pensamientos y avanzaba lentamente con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho. A corta distancia

del punto donde se había parado Lionel había un banco rústico; la jóven se sentó en él como abrumada, cogióse la cabeza con ambas manos, y su esposo la oyó llorar amargamente.

En presencia de tan extraña escena, la primera y repentina impresion del señor de Rias fué un dolor agudo y glacial que le penetró hasta la médula.— No era amado, y el temor de su regreso era la causa de aquellas misteriosas lágrimas... Esta fué la punzante idea que le dominó; pero no fué más que un relámpago que desapareció en seguida. Traía una provision de confianza que no podía disiparse en un minuto. Hacía seis meses que le hablaban de que había recobrado á su esposa por completo, que no pensaba más que en agradarle, que consagraba á este único objeto todos sus sacrificios, toda su abnegacion y toda la reforma de su vida. Ella misma le había confirmado sus tiernas disposiciones en su carta de última hora, y por todo esto se persuadió que su momentánea desconfianza era un movimiento de injusticia é ingratitud culpables. La señora de Rias, como todas las mujeres, tenía fáciles las lágrimas, y sin duda cedía en aquel momento á algun acceso de melancolía nerviosa. Tal vez daba el último adios á los placeres que le sacrificaba, y aquellas mismas lágrimas atestiguaban el mérito de su abnegacion.

Para librarse de nuevas quimeras, salió bruscamente de la sombra y se dirigió al banco rústico, siguiendo la parte más clara de la alameda. Al ruido de sus pisadas se levantó bruscamente la señora de Rias. Lionel le dirigió con la mano amistoso saludo, y le habló jovialmente desde léjos.

—Te voy á parecer un niño; he querido sorprenderte.

Luisa se enjugó rápidamente los ojos, y salió á su encuentro; su esposo la cogió ambas manos y advirtió que temblaba.

—¡Dios mio, querida!—dijo,—¡qué torpe soy! ¿Te he causado miedo?

—Un poco,—murmuró ella:—¡estaba tan léjos de esperarte!... ¡Mira, estoy temblando!

—¿No me abrazas, María?

—¡Perdona!

Y le presentó la frente.

Despues de esta fria ceremonia, muy diferente de las efusiones que había imaginado el señor de Rias, se dirigieron á la casa. Trascurrió una pausa de forzado silencio, y la jóven empezó á interrogar á su esposo con cierta animacion febril sobre los incidentes del viaje, sobre la travesía, sobre las horas de los trenes y vapores; despues pasó con el mismo tono á sus hijos, celebrando sus progresos y refiriendo sus principales agudezas. Hacía un momento que estaban acostados, pero creía que aún no dormirían.

En cuanto entraron en la casa, le llevó á la alcoba de los niños, que estaban profundamente dormidos, no queriendo despertarlos Lionel, que se limitó á dirigirles triste y conmovida mirada.

En seguida bajaron al salon, al que llegó apresuradamente la señora Fitz Gerald, á quien acababan de prevenir y que se presentó con la cofia de dormir. Lanzó varias exclamaciones de sorpresa, abrazó á su yerno, se excusó de la incóveniencia de su traje y se retiró discretamente.

Cuando quedó solo con su esposa, no tardó en observar el señor de Rias que, contestando á sus preguntas y afectuosos cumplimientos con aparente regocijo, se encontraba profundamente distraida y preocupada. Su alegría, evidentemente forzada, se extinguía en silencios de hielo. A medida que avanzaba la noche, sus ojos revelaban un mal estar muy marcado, inquietud y hasta angustia. Comunicándosele aquella frialdad á él mismo, cortó al fin la conversacion, levantándose y diciendo:

—¿Está preparada mi habitacion, querida?

—Sí, ¡oh! sí... seguramente.

Y la jóven suspiró como á pesar suyo.

María permanecía de pié delante de su esposo, sonriendo y cortada. Miróla en los ojos y ella se ruborizó.

—¡Buenas noches!—dijo el señor de Rias.

Y estrechándole débilmente la mano, salió del salon.

A pesar de la fatiga de un dia de viaje y de emociones, el señor de Rias ni siquiera pensó en descansar, sino que estuvo paseando durante largas horas por la habitacion en un estado de espíritu digno de compasion. El desencanto más completo y más amargo reemplazaba á las ilusiones en que se habían mecido durante mucho tiempo su imaginacion y su corazón. La terrible impresion que experimentó en el primer momento ante las lágrimas de su esposa fué decididamente—no lo dudaba ya—justa y exacta. Su regreso era para ella una tristeza, una desesperacion, un terror. Desde aquel momento la verdad se revelaba á sus ojos con inflexible violencia y le inundaba con su luz cruel. Con febril imaginacion repasaba todos los incidentes, todos los detalles de aquella penosa noche; relacionaba diferentes pasajes de las cartas de la señora de Lauris; encadenaba aquellos datos y los interpretaba con espantosa lucidez. No creía que la señora de Lauris le hubiese engañado, y que la conversion de su esposa, la trasformacion de sus gustos y costumbres fuesen mentirosas invenciones. No, la señora de Lauris no le había engañado, pero, sin saberlo, no le había dicho más que una parte de la verdad. Verdad era, en efecto, que la señora de Rias se había corregido de su fiebre mundana, que había dado á su vida un tono más serio, más inteli-

gente y más digno, que se había aplicado asiduamente á educar su corazón y su espíritu; verdad era también que había hecho esto por obedecer ó agradecer al hombre á quien amaba; pero el hombre á quien amaba no era él, era el señor de Kevern. Esto no se lo había dicho la señora de Lauris, que probablemente lo ignoraba. Lionel conocía la honradez de aquella señora, su candor y su confiada idolatría por su hermano, á quien había asociado á su obra sin sospechar que podía verse inclinado á representar en ella un papel equívoco.

Tal vez en medio de las agitaciones de aquella dolorosa noche, el señor de Rias no se perdonó secretas censuras ni tardías reconvenciones, porque en último caso lo que aquel hombre había emprendido, lo que había conseguido, pudo emprenderlo y conseguirlo él mismo: como él, había sido amado; había tenido completo ascendiente sobre aquel corazón que se revelaba tan capaz de abnegación y de sacrificio, pero había descuidado usar su ascendiente, y ahora se lo usurpaba otro.

No era la primera vez que encontraba el señor de Rias en el curso de su vida uno de esos prudentes predicadores que se convierten en mentores de los mundanos cansados, y generalmente les salvan para perderles mejor. Sabía que la mayor parte de estos austeros consejeros son peligrosos hipócritas, y que los que no son hipócritas suelen ser los más peligrosos.

¿A cuál de estas dos categorías pertenecía el señor de Kevern? Poco le importaba á Lionel. Lo que veía con completa claridad era que el señor de Kevern había ocupado su puesto en su hogar, en el corazón de su esposa y hasta en el alma de sus hijos. Esto era más que suficiente para que le jurase odio mortal y para que se prometiese hacerle expiar todo lo que le hacía sufrir. En esta idea vió una esperanza, una solución, y á los primeros albores del día pudo al fin descansar algunas horas.

XIII.

Al despertar, decidió el señor de Rias su plan de conducta. Para tener derecho á dejar estallar los sentimientos que le animaban, necesitaba pruebas más irrecusables que sospechas, y no podía obtenerlas más que evitando que se conociesen sus sospechas. Resolvió, pues, inspirar completa seguridad á los que creía delincuentes, aparentando absoluta confianza y completa libertad de espíritu. Sus costumbres, algo frías y poco expansivas, se prestaban bastante para aquel papel, librándole de penosos esfuerzos de disimulo.

En aquel primer día tuvo la amargura de ver confirmados sus temores por muchas circunstancias, siendo la más dolorosa para él el inocente testimonio de sus hijos. En sus conversaciones con ellos,

cuando les preguntaba sobre sus ocupaciones y sus juegos durante su ausencia, á cada instante pronunciaban el nombre del señor de Kevern aquellos inocentes delatores. Este nombre se mezclaba á todos sus recuerdos, á todos sus relatos, á todos sus estudios y á todos sus juegos, lo mismo que á cada detalle de su vida diaria. Por el contrario, la señora de Rias pronunciaba rara vez aquel nombre y siempre con reserva y cortedad. Al oírlo, se hubiese podido creer que el señor de Kevern era para ella un extraño, apenas admitido á largos intervalos en su casa, mientras que por los niños comprendía claramente que era el asiduo compañero de la familia.

Lionel fué aquel mismo día á visitar á la señora de Lauris y al señor de Kevern, recibiendo éste con todas las apariencias de cordial tranquilidad. En cambio, la fisonomía y actitud de la señora de Lauris fueron nuevos síntomas acusadores. En el estado de sus relaciones con el señor de Rias, por resultado de la amistosa correspondencia que habían seguido, después del éxito de la prueba que le había anunciado, parecía natural que aquella señora le recibiese con franqueza y expansión, y, por el contrario, la encontró excesivamente tímida y cortada, sus ojos estaban turbados y cierta tristeza oscurecía su frente. Lionel creyó que ella también había sorprendido la verdad y que su corazón y conciencia estaban inquietos.

En los tres ó cuatro días siguientes, los huéspedes de la quinta y del pabellón continuaron, por invitación del mismo Lionel, viviendo con la misma intimidad, almorzando ó comiendo unos en casa de otros; pero á pesar de la tranquilidad y finura que el señor de Rias desplegaba en aquellas relaciones diarias, reinaba en ellas manifiesta contrariedad, malestar y ansiedad. El señor de Kevern, á pesar de su habitual tranquilidad, estaba notablemente cuidadoso. La señora de Rias, ya agitada, ya agobiada, siempre pálida y delicada, parecía sucumbir bajo el peso de un disimulo muy superior á sus fuerzas y tal vez á su lealtad. Delante de su marido se conducía con comprometedor torpeza: evitaba escrupulosamente toda apariencia de conversación íntima con el señor de Kevern, pero sus ojos le buscaban sin cesar y le hacían traición. En cuanto á la señora de Lauris, más triste de día en día, observaba á Lionel con furtiva atención, cual si temiese su perspicacia. Tenía con su prima frecuentes *á parte*, de los que salían las dos con los ojos enrojecidos por las lágrimas. ¿Era confidente? ¿Era cómplice? ¿Llevaba su ciego cariño á su hermano hasta el punto de proteger sus amores? ¿Se esforzaba, por el contrario, en atraer á la señora de Rias á la razón y al deber?

Fuese lo que quisiese de esto, lo seguro era que para todo el mundo, exceptuando la señora

Fitz Gerald, el señor de Rias había hecho mal en regresar de Inglaterra, y que solamente había vuelto para representar en su propia casa y en su propio hogar el papel de intruso y turba-fiestas.

Lionel esperaba con sombría impaciencia el momento de desenlazar violentamente aquella insostenible situación, cuando la casualidad se lo ofreció.

Atormentado desde su regreso por inexplicables insomnios, acostumbra a velar hasta muy tarde en su habitación, y frecuentemente hasta después de apagar la luz. En la quinta noche, después de su llegada a la casa, cerca de la una de la madrugada, oyó el ruido de una puerta que abrían con precaución por el lado del parque. Un momento después vió pasar por debajo de sus ventanas una forma blanca y elegante, deslizándose sobre el musgo con paso de fantasma, y desapareciendo en la densa oscuridad de una alameda. Una especie de amarga satisfacción contrajo repentinamente los labios del señor de Rias. Cogió y abrió precipitadamente una caja de pistolas; pero después de un segundo de reflexión, arrojó violentamente las armas sobre un canapé, salió de la habitación y bajó al parque.

La dirección que había seguido la señora de Rias era para él un indicio casi seguro. La alameda oblicua porque se había dirigido terminaba el lindero del parque que tocaba a los bosques del señor de Kevern. En aquel punto separaba las dos posesiones un camino profundo, poco frecuentado ni aún de día: allí debía ir la señora de Rias, si su excursión nocturna tenía el objeto que imaginaba Lionel.—En vez de marchar detrás de ella, se dirigió por un sendero de caza que atravesaba los matorrales y acortaba la distancia. Confiaba en su instinto y en su experiencia de cazador para reconocer los recodos a pesar de la oscuridad; pero encontró más dificultades de las que había esperado: la agitación de su espíritu, el apresuramiento mismo de la persecución, contribuyeron más de una vez a extraviarle.

Mientras se abría penosamente paso entre los matorrales, le asaltó extraño recuerdo: el del paseo de enamorados que realizó un día, la víspera de su boda, en aquel mismo bosque, en aquellos mismos senderos, en compañía de la señorita Fitz Gerald: el contraste de sentimientos que aquel día fascinaron su corazón y los que le torturaban en aquel momento le hicieron experimentar punzante dolor.

De pronto se detuvo: ruido de voces, y al parecer de gemidos, llegó a él en medio del silencio de la noche. Inclínose, separó el follaje, y como el indio que acecha, avanzó a pasos insensibles. Así llegó al borde del camino, y la escasa claridad le permitió ver dos personas que paseaban juntas, reconociendo en el acto a su esposa y al

señor de Kevern. Contuvo el aliento, y hubiese querido contener los latidos de sus arterias para escuchar mejor; pero la conversación tocaba sin duda a su fin, y solamente cambiaban algunas palabras ahogadas. La señora de Rias llevaba a cada instante el pañuelo a los ojos. De pronto se detuvo el señor de Kevern, la miró en silencio y la abrazó estrechándola apasionadamente contra su corazón.

Una nube de sangre pasó ante los ojos de Lionel, dejándole ciego por algunos segundos. Cuando pudo sacudir el vértigo y ver en derredor, el señor de Kevern y la señora de Rias habían desaparecido.

XIV.

A la mañana siguiente, muy temprano, el ayuda de cámara del señor de Rias entregaba al señor de Kevern, en propia mano, un billete que decía lo siguiente:

«Anoche me encontraba en el parque. Agradecería a usted se dignase esperar mañana a las nueve dos amigos míos.

LIONEL DE RIAS.»

Inmediatamente después de mandar el billete, Lionel marchó a París. En cuanto llegó, fué a buscar a un pariente suyo, el señor de Eblis, que era muy competente en lances de honor. Dijo que después de su regreso había tenido muchas discusiones con su vecino de campo el señor de Kevern, relativamente a los límites de sus propiedades y a sus recíprocos derechos de caza; que aquellas discusiones habían dado lugar a un altercado grave que parecía deber terminar por las armas. Rogóle fuese padrino suyo, y aunque el señor de Eblis creyó que la cuestión terminaría amistosamente, prometió sin embargo tomar a la mañana siguiente el primer tren de Fresnes, para llegar a este punto a las ocho.

En seguida marchó el señor de Rias a casa del duque de Estreny, pero el duque estaba en el Casino. Cuando Lionel entró en un salón en el que se encontraban varios jóvenes en derredor de una mesa de juego, la casualidad hizo que uno de los jugadores pronunciase el nombre del señor de Kevern. El repentino y forzado silencio que reinó cuando vieron a Lionel, fué para éste amarga prueba de que el público se ocupaba de su desventura conyugal. El duque de Estreny recibió con gravedad la comunicación de Lionel; escuchó sin hacer comentarios la explicación poco verosímil que le dió sobre el origen del altercado, y, como el señor de Eblis, se puso a su disposición.

Al volver a Fresnes a las diez de la noche, el señor de Rias encontró en el salón a la señora Fitz Gerald sola y muy triste: dijo que su hija había

estado indispuesta todo el día, y que después de comer se había sentido tan mal, que se había acostado, rogando que la dejaran descansar. Después de manifestar afectuosa solicitud al informarse de su esposa, Lionel pretextó que se encontraba fatigado, y subió á su habitación.

A media noche estaba sentado delante de su mesa escribiendo algunas disposiciones, cuando se abrió suavemente la puerta. Volvióse; su esposa estaba delante de él, pálida como una muerta. Fijó en ella glacial mirada, y preguntó:

—¿Qué quieres?

—Hablarte,—murmuró con voz oprimida y apenas inteligible.

—Habla.

—Lionel, estoy ya medio loca...—dijo con un acento que revelaba terrible angustia:—no me acabes de anonadar... yo te lo ruego!

—¿Qué quieres decir, querida mía?

—Luisa ha venido... desde esta mañana tenía sospechas... ha aprovechado un minuto de ausencia de su hermano... ha visto tu carta... y lo sabemos todo.

—¿Y qué sabeis?

—Sé que mañana te bates con el señor de Kevern.

El señor de Rias se levantó, y de pie delante de ella:

—Escucha, María,—dijo con frialdad:—siento mucho que haya llegado á tu conocimiento ese detalle; pero convendrás en que no ha sido por culpa mía... Ahora, ¿qué vienes á hacer aquí? Pierdes el tiempo. Comprenderás que las negaciones y las súplicas serían completamente inútiles. El recibimiento que me hiciste y tu aspecto desde mi llegada me dejaban pocas dudas acerca del carácter de tus relaciones con el señor de Kevern. La noche pasada te seguí, y he visto lo que ocurrió entre vosotros. Estoy enterado de todo, y nada del mundo, puedes estar segura de ello, podrá impedirme que salve de mi honor lo que aún puede salvarse. Vamos, retírate.

María se dejó caer en una silla, retorciéndose las manos y fijando los ojos en el espacio:

—¡Dios mío!—exclamó.—¡Dios mío!

—Déjame, te lo suplico,—repitió con dureza el señor de Rias.

Su esposa se levantó, y dió algunos pasos hacia la puerta; pero volviendo de repente, se arrojó de rodillas delante de Lionel.

—¡Pues bien!—exclamó,—¡mátame!... ¡eso será justo! ¡pero á mí sola! ¡á mí sola!

Y su voz se perdió ahogada por los sollozos.

—¿No comprendes,—replicó violentamente Lionel,—que cada palabra tuya es una ofensa más?

—¡No!... ¡oh! ¡no! ¡te lo juro!... ¡Es que no me comprendes!... Déjame decírtelo todo... te lo ruego... ¡Ah! ¡vas á ver que te he dicho la verdad!...

TOMO VII.

Sí, soy culpable... amo al señor de Kevern... sí... si él hubiese querido... lo creo... es posible... ¡mi cariño, mi debilidad, no le hubiesen negado nada!... Ya ves que no oculto mi falta... ¡pero él no ha querido!... ¡no, no ha querido! Él me ha preservado... ¡y tú quieres matarlo!... ¡pero eso es imposible!... ¡sería una acción odiosa... abominable!... ¡Oh! ¡no... no la cometas, por piedad!...

—¡Vamos! ¡le amas de veras!—dijo el señor de Rias sentándose bruscamente.

—Sí, le amo,—continuó diciendo ella sin levantarse del suelo;—¡le amo porque me ha salvado, no solamente de él mismo, sino también de los demás! Mira, hace algunos meses... en Trouville—después de aquella escena, tan merecida quizá... pero tan dura, tan ofensiva para mí...—abandonada como me encontraba, herida, desesperada... iba á perderme... existía allí un hombre que me asediaba con su amor... al que yo creía amar... Yo esperaba á aquel hombre á la noche siguiente á tu marcha... y una palabra, una sola palabra del señor de Kevern me volvió á la razón, al deber y al honor... ¡y tú quieres matarlo!... Pero, después... le he amado... y tal vez ha participado de mi amor... pero este amor ha permanecido en nuestros corazones... nunca ha sido criminal... ¡jamás!... La noche pasada nos viste juntos... me viste en sus brazos... y lo comprendo... debiste creer... creerás aún, ¡Dios mío!... que tienes que vengar una ofensa mortal... y sin embargo, no es así... ¡no es así! Aquel momento de abandono, de debilidad... era el primero... y el último entre nosotros... era el adiós al amigo... al hermano que no debía ver más. Nada hay más verdadero... Desde tu regreso, él, su hermana y yo experimentábamos crueles combates... Luisa quería que partiese, y él vacilaba temiendo que su repentina marcha despertase sospechas en tí... yo... yo no quería... y después... porque al fin aún me queda alguna honradez... esta existencia diaria entre tú y él, esta duplicidad, este engaño continuo, me han sublevado el corazón... anoche me decidí por completo al sacrificio... quise verle en seguida para concluir... y por eso fui adonde me seguiste... Debía marcharse hoy mismo, y yo debía decirte algo de lo que te digo... Tal vez entonces me hubieses creído... ¡mientras que ahora no me crees!

—No,—dijo brevemente el señor de Rias.

Y reinó un momento de silencio, durante el cual solamente se oyeron los convulsivos sollozos de su esposa.

—Y además,—añadió de pronto Lionel,—porque eres verdaderamente extraña,—en lo mismo que confiesas, ¿no hay motivo suficiente para justificar el odio é implacable resentimiento de un hombre?

—Sí, sin duda... sí... y sin embargo, si estuvieses seguro, Lionel, bien seguro, de que no ha ocur-

rído nada más que lo que te confieso... si estuvieses bien seguro de que solamente tu orgullo está herido y no tu honor... que no hay nada... nada absolutamente que sea irreparable entre nosotros... ¿no tendrías piedad, si no de mí, al menos de su pobre hermana, tan inocente, tan cariñosa con nosotros y tan desgraciada?... ¿Querías matarla á ella también ó volverla loca?... ¡Pobre Luisa!... ¡qué recompensa para tanto cariño!... ¡Ah! si tú tuvieses esa compasión, Lionel; si fueses bastante generoso para vencer ese movimiento de tu altivez ofendida... ¡justamente ofendida, por desgracia!... ¡ah! mira... lo conozco, lo juro... aún podría haber felicidad para nosotros... Sí, te estaría tan agradecida... te admiraría tanto, que todo podrías esperar de mi corazón... Fué completamente tuyo... y volvería á serlo... No es este el momento... bien lo sé... de hablarte de lo que tú has hecho... pero, al fin, tal vez tú te has extraviado también... ¡lo olvidaría todo con tanta facilidad! ¡Sería tan dichosa... tan dichosa olvidándolo... y haciéndote olvidar mis faltas!... ¡tan dichosa!... ¡Ah! ¡por piedad!... ¡por piedad!... ¡te amaría como á Dios!...

La desgraciada jóven calló ahogada por las lágrimas, que brotaban con la misma efusión que sus súplicas.

El señor de Rias se había levantado, visiblemente dominado por extraordinaria emoción. Paseó durante algunos minutos á largos pasos. Sus facciones, espantosamente alteradas, y el convulsivo temblor de sus labios revelaban la terrible lucha que sostenía.

De pronto se acercó á la mesa, cogió un plieguecillo de papel de cartas y escribió rápidamente algunas palabras. En seguida se aproximó á su esposa, que continuaba de rodillas llorando amargamente, y la entregó abierta la carta que acababa de escribir.

—Puedes leerla,—dijo,—es para la señora de Lauris.

María echó atrás la suelta cabellera que la cubría su rostro, y leyó las breves palabras que contenía la carta:

«Puede usted decir á su hermano, señora, que no espere á nadie de mi parte mañana.»

La jóven lanzó un grito, se levantó bruscamente, cogió con exaltación las dos manos á su marido como para atraerle sobre su seno... y bajando en seguida sus ojos arrasados en lágrimas:

—¡No me atrevo!—murmuró.

—No... ahora no... te lo suplico,—dijo el señor de Rias con voz profundamente turbada.—Repongámonos los dos... Vé, María... vé y descansa.

La jóven se inclinó, cubrió las manos de su esposo de febriles besos, y salió de la habitación.

XV.

La sublimidad de sentimientos á que se había elevado el señor de Rias durante aquella escena no podía ser, desgraciadamente, su estado duradero de ánimo. La reflexión, el frío razonamiento, la amarga experiencia, no tardarían en dejar oír su voz y recobrar su imperio. Diariamente, á medida que transcurría tiempo y se borraba en su espíritu la primera impresión de las candentes palabras de la señora de Rias, su verídico acento, sus conmovedoras súplicas, la duda y desconfianza ganaban terreno y encontraban mejor acogida, llegando á preguntarse si su confianza no había sido candor, su generosidad inocencia, si no había sido juguete de una de esas pérfidas comedias, de esas mentiras bañadas en lágrimas, en las que sabía cuánto sobresalen las mujeres.

Las formas exteriores de su vida comun con su esposa eran de completa intimidad, de dulzura y buena inteligencia. La señora de Rias manifestaba constante cuidado por evitar cuanto podía desagradar á su marido, por buscar cuanto podía agradaarle, y le manifestaba un cariño tímido y reservado, pero siempre apasionadamente atento. La cortesía y bondad de Lionel no se desmentían jamás. Ni en su lenguaje ni en sus ojos se veía sombra de reconvencción ni de resentimiento: tenía corazón demasiado altivo para volver miserablemente sobre su palabra ó sobre su perdón.

Pero en aquel dulce hogar que parecía realizar los mejores sueños de su vida, tal vez en el fondo de su alma era más desgraciado que nunca. Incurable sospecha le roía; ¡había sido engañado! Era secretamente objeto de irónicos desdenes por parte del señor de Kevern y de los de su misma esposa. Este incesante pensamiento le causaba una tristeza tanto más profunda, cuanto que la creía irremediable. En adelante se alzaría siempre entre su esposa y él, helando constantemente en sus labios la ternura y el abandono, llegando á deplorar amargamente aquel impulso de corazón que le había condenado á eterno suplicio de disimulo y desconfianza.

Una mañana, á fines del mes de Julio, estando fumando un cigarro en el patio de las caballerizas, vió á la señora de Rias que se dirigía con rápido paso hácia una alameda del parque. A cierta distancia, cruzaba aquella alameda el camino de un pueblecillo, en el que la señora de Rias acostumbraba á ejercer obras de caridad. Al pronto creyó que este era el objeto de su paseo, que, sin embargo, le pareció extraordinariamente matinal. Un momento después, un incidente, insignificante en apariencia, le inspiró otra suposición. Era la hora en que el cartero rural pasaba diariamente á Fresnes; después

de dejar el correo, recogía las cartas de la quinta, que le entregaba algún criado ó él mismo recogía sobre la mesa del vestíbulo; hecho esto, se dirigía al pueblecillo inmediato, siguiendo la alameda por donde la señora de Rias se paseaba en aquel momento. Ocurrió en seguida á Lionel la idea de que su esposa quería entregar por su mano alguna carta al cartero, y que, con este objeto, había ido á esperarlo al abrigo de toda mirada indiscreta. Al verla regresar á la quinta con igual precipitación en cuanto el cartero cruzó la alameda, se confirmó su sospecha.

El señor de Rias penetró en las praderas lindantes con el parque, que conducían al pueblecillo por un camino más corto pero cerrado para el público. Pocos minutos después alcanzaba al cartero en el momento en que salía del bosque.

—Vengo corriendo detrás de usted,—le dijo.— Hace un momento ha tomado usted una carta dirigida al señor de Kevern, ¿verdad?

—Sí, señor; la señora me la ha dado.

—Precisamente; haga usted el favor de devolvérmela; están mal puestas las señas... Mañana se la darán á usted otra vez.

El cartero obedeció y continuó su camino.

La carta tenía esta dirección: «M. Enrique Kevern, hotel des Bergues, Ginebra.»

El señor de Rias miraba aquella carta, la volvía y la revolvía con inexplicable angustia. Abrirla y violar el secreto era una acción cuyo carácter no se ocultaba. Respetarla, era perder la ocasión, probablemente única é irreparable, de disipar la horrible incertidumbre que envenenaba su vida.

Habiase sentado delante de la empalizada del parque, sobre un tronco caído, y permanecía absorto en sus incertidumbres, cuando le hizo levantar la cabeza el ruido de un carruaje. Reconoció el de la señora de Lauris, y recordó que aquel día debía almorzar en la quinta. Al ver Luisa á Lionel, creyó que había salido á recibirla; mandó parar, bajó y despidió al cochero.

—Es usted muy amable, caballero. ¿Cómo sigue María?

—Muy bien... Qué hermosa mañana, ¿verdad?

Diciendo esto, abrió la empalizada, hizo pasar á la señora de Lauris á la alameda que se prolongaba delante de ellos, y la siguió.

Observando el aspecto preocupado y distraído de Lionel, le dijo al cabo de pocos pasos:

—Y bien, ¿qué ocurre de nuevo, querido amigo?

—Nada...

—Dispense usted... su frente revela tempestad, y hace un momento estaba usted cabizbajo como quien medita un crimen.

—Algunas veces me asaltan pensamientos muy tristes,—contestó Lionel.

—¿Por qué? ¿No podrá usted ser dichoso jamás, mi pobre amigo?

—Mucho lo temo.

—¿Cuánto lo siento!...—dijo la señora de Lauris después de un momento de silencio.

Deteniéndose en seguida en medio de la alameda:

—Veamos,—añadió,—¿qué es lo que le falta á usted? ¿La confianza, verdad?

Lionel no contestó.

—¡Dios mío!—continuó diciendo Luisa,—¿qué se debería decir ó hacer para devolvérsela?

—Se necesitaría,—dijo bruscamente el señor de Rias, cediendo á un movimiento irreflexivo,—se necesitaría decirme lo que contiene esta carta.

—¿Esa carta? ¿Qué carta es esa?

Lionel se la había presentado; la señora de Lauris leyó el sobre y palideció ligeramente.

—Oiga usted,—añadió Lionel,—la historia de esta carta. Vi esta mañana á María entregarla secretamente al cartero... En el primer momento, la idea de dejarla partir... llevándose su eterno secreto... me pareció imposible... Me he apoderado de ella... Y he hecho mal; no la abriré. Tómela usted... no la tiendo ningún lazo... porque sería odioso... No la abra usted, se lo ruego... lo deseo... Por segura que esté usted de su amiga y de su hermano, no puede usted estarlo bastante para arriesgar esta prueba. Quémela usted sin leerla y sin hablar de ella á nadie... Prométame usted hacerlo así...

La señora de Lauris cogió la carta con mano algo temblorosa, miró fijamente al señor de Rias y rompió el sobre.

La heroica joven experimentó entonces un momento de desfallecimiento, turbáronse sus ojos y vaciló.

En seguida empezó animosamente á leer en alta voz:

«Señor mío y amigo:

»¿Hago mal en escribir estas líneas? No puedo creerlo, á pesar de que lo oculto á mi marido, porque quiero librarle hasta de la sombra de un recuerdo penoso... pero relativamente á usted creo que tengo el deber de decirle que soy feliz. Le conozco bastante para estar convencida de que la seguridad de mi felicidad será su mejor recompensa, y, si es necesario, su mayor consuelo. Recuerdo sus palabras en aquella última conversación que pudo tener tan fatales consecuencias: «La mejor noticia que podré recibir, me dijo usted, es la de que están de acuerdo su corazón y su deber.»

»Imposible me pareció esto entonces, y, sin embargo, pocas horas después se había realizado el milagro. Mi marido me salvaba de las angustias de la muerte: su generosa confianza, su bondad verda-

deramente divina, no me imponían solamente gratitud, sino que me inspiraban estimación, respeto, ternura. Desde aquel momento me recobré por completo y le amaba para siempre.

»Y cuando después he recordado aquella terrible noche, cuando recuerdo mis locuras, mi lenguaje imprudente... porque para demostrarle mejor mi sinceridad, me manifestaba más culpable de lo que era... cuando he pensado en su corazón desgarrado, en su altivez irritada, en todo lo que debió sufrir, en todo lo que tuvo que vencer para tenderme la mano... siento deseos de arrojarme á sus piés y de adorarle.

»Pero no me atrevo. Se muestra amable, complaciente, pero está algo inquieto, algo desconfiado tal vez en el fondo de su alma. Lo conozco. Algunas veces sufro, pero sin desanimarme, porque conozco también que el porvenir es mío y que la verdad que llena mi corazón concluirá por pasar al suyo y entregármelo por completo.

»Esto es, amigo mío, lo que tenía que decirle, y al comunicárselo creo que le doy la prueba de aprecio más grande que puede usted recibir de su discípula y amiga.

MARÍA DE RIAS.»

Cuando la señora de Lauris acabó de leer aquella carta con voz conmovida por la emoción, vió que el señor de Rias tenía una mano sobre los ojos y que rodaban por sus mejillas algunas lágrimas.

No podemos terminar este relato sin recordar al lector que los Kevern son muy raros en el mundo; que es muy delicado contar con desinteresados concursos, y que un marido deseoso de perfeccionar la educación de su esposa obrará con prudencia dedicándose personalmente á este trabajo y no confiando á nadie sus poderes.

OCTAVIO FEUILLET.

VIAJES Y DESCUBRIMIENTOS

EFFECTUADOS EN LA EDAD MEDIA, EN SU RELACION
CON LOS PROGRESOS DE LA GEOGRAFÍA Y
DE LA HISTORIA.

Cuando al hojear un libro de Geografía ó un Atlas vemos descritos y delineados con admirable fidelidad y exactitud los múltiples accidentes de tierras y mares, siguiendo el curso de los ríos, la inclinación de las montañas, las sinuosidades de las costas, y sin más operación que aplicar el compás sobre un pliego de papel nos es fácil decir la distancia que media entre dos lugares, calcular los días de viaje y prevenir los obstáculos que puedan ofre-

cerse, muchos de antemano ya conocidos; cuando, en suma, encontramos que nuestra vida se cumple en el siglo XIX y que, salvo los países centrales de Africa y Australia, algunos pormenores de Asia y América y los misteriosos Polos del Planeta, toda la Tierra la conoce y la domina el Hombre, mereceríamos que se nos tachara de egoístas é indiferentes, si recogiendo los últimos adelantos de la ciencia geográfica, diéramos al olvido los incesantes esfuerzos de animosos exploradores que vivieron en siglos pasados y que, sacrificándose consciente ó inconscientemente en aras de las generaciones que hoy somos, consagraron sus días á la realización del gran pensamiento de estudiar y dar á conocer el Globo, á través de todo género de obstáculos y dificultades.

Es la Geografía ciencia que se ocupa en la descripción de la Tierra, abarcando el estudio de los elementos constitutivos del Globo, las variadas formas de la superficie del Planeta, los seres que en él viven y las relaciones mediante las que el Mundo del Hombre revela que es sólo un átomo de la creación divina: la Tierra en el Espacio, la Naturaleza en la Tierra, el Hombre en la Naturaleza, hé aquí la triple división de la Geografía en Geografía astronómica, física y humana. Mas sería empresa superior á nuestras fuerzas recordar los grandes acontecimientos y los gloriosos nombres que han venido á crear la ciencia geográfica desde las primeras edades en que la Humanidad, en alas de su inteligencia y en vías de indefinido progreso, fijóse en el fenómeno natural, y mediante observación sensible trató de buscar causas, leyes y principios. Una historia de la Geografía no puede ni debe ser asunto de nuestro trabajo; la materia es tan vasta y tan espinosa, que requiere algo más que un artículo ó serie de artículos, y así, en cuanto al tiempo, nos limitaremos á una de las tres grandes Edades en que universalmente se ha dividido la historia, y aun dentro de esta Edad circunscribiremos más nuestro objeto, porque, prescindiendo de los esfuerzos llevados á cabo por el Hombre en pro del mejoramiento de las ciencias físicas y astronómicas, nuestro punto de mira será preferentemente el viaje de descubierta que tanto ha contribuido á acelerar los progresos de la Geografía descriptiva y política.

Perplejos ante aquellas tres Edades, dudando entre la antigua, la media ó la moderna, nos inclinamos á la Edad Media, edad, sin duda, la más interesante de todas, porque parece el crisol donde se funden los cuerpos simples de la naturaleza social humana para formar la sociedad moderna, porque en ella se rompe la unidad avasalladora del mundo antiguo, y razas y pueblos que vienen de ignotas comarcas recogen sus fragmentos y tejen la cuna de las nacionalidades contemporáneas y, finalmente,

porque en la Edad Media, tras un momentáneo eclipse del saber de los antiguos, vuelve la ciencia á brillar con nuevos reflejos, gracias á la fecundante sávia que se produce por la mezcla y confusión de diferentes elementos de vida y de cultura. Y siendo este modo de ser el propio de todas las manifestaciones del espíritu en la Edad Media, claro que la ciencia geográfica no ha de presentarse como una excepción: los conocimientos que había adquirido la antigüedad merced al genio aventurero de fenicios, griegos y cartagineses y al espíritu militar é invasor del pueblo romano, atesorados en clásicos libros y conservados por la tradición en las regiones que baña el Mediterráneo, son la base, pero nada más que la base, de los libros, mapas y planisferios que producen árabes é italianos en los siglos XIII, XIV y XV: sobre aquella base se levanta algo original que no es griego ni romano y que nos muestra que hay en los hombres de la Edad Media, no sólo facultades receptoras, sino anhelos también que les impulsa á ir tras lo desconocido y á aprovechar lo que el acaso les depare. Arabes y Normandos, Italianos y Portugueses recorren las tierras y las aguas sin temor á los desiertos ni á las olas: no siempre el noble deseo de labrar cimiento más seguro á la ciencia les guía en sus viajes; mas si equiparando la ciencia á la moral despreciáramos sus conquistas cuando la intención no es santa, pobre, muy pobre sería la cultura humana, y pecaríamos contra la ley divina que suple la ineptitud é imperfección del hombre con el azar y el centelleo misterioso de su omnisciencia en la razón. Lo cierto es que en el período que media desde las invasiones de los Bárbaros hasta los últimos años del siglo XV, á través del desorden con que se ofrecen los hechos y las doctrinas en aquellas edades, hallaremos datos más que suficientes para mostrar que el conocimiento de la Tierra como morada del hombre se va depurando merced á una serie continuada de viajes y exploraciones, realizadas por pueblos desemejantes en raza, en religión y en ideales artísticos.

En resumen: el fin que nos proponemos, como es obvio deducir de las anteriores líneas, es hacer una reseña histórica de los principales viajes y descubrimientos verificados en la Edad Media, para demostrar la influencia que ejercieron en los progresos de la Geografía y de la Historia.

Mas como en todo trabajo, literario ó científico, sea de la índole que quiera, es condición esencial un plan ordenado, cumple á nuestro propósito fijar bien sus límites y determinar sus interiores partes. Abarcamos toda la Edad Media, la que empieza con la ruina total del Imperio romano y las irrupciones de los Bárbaros y termina con el triunfo de los Turcos en Constantinopla, el descubrimiento de América ó la Reforma, que uno ú otros se han considerado

como hechos culminantes que señalan el paso de la Edad Media á la moderna. De entre ellos elegimos el segundo, porque la última década del siglo XV, aquella que presenta en la Historia los nombres de Vasco de Gama y de Colon, abre nueva y fecunda edad en la historia de la Geografía, y nos impide pasar adelante cuando circunscribimos nuestro asunto á los descubrimientos y viajes de los tiempos medios, que estudiaremos atendiendo á cada uno de los pueblos que más activa representación ofrecen y á los hombres que personifican el genio del siglo y de la raza en las esferas de la Geografía política y descriptiva, no como cultivadores de esta ciencia, sino como observadores del hecho, su fundamento capital.

Bajo tal sentido podrá dividirse la historia de los viajes y descubrimientos realizados en la Edad Media en seis capítulos ó secciones, á saber:

- I. Los Pueblos Occidentales y los Bizantinos en los primeros siglos de la Edad Media.
- II. Los Arabes.
- III. Los Normandos ó Scandinavos.
- IV. Los Cruzados, los Mongoles y las primeras Embajadas al Asia.
- V. Marco Polo y viajeros de los siglos XIII, XIV y XV.
- VI. Los Portugueses.



La sencillez y la inexperiencia del hombre que comienza á paladear las delicias y las amarguras de la vida culta, y el egoísmo y la refinada molición del hombre decrepito que desfallece agobiado por el vicio y la falta de sentido moral: hé aquí la sociedad Europea en este primer período de la Edad Media.

Cuando un pueblo pierde la fe y el sentimiento religioso sin adquirir por medio de la reflexión conciencia del bien y de los deberes y destinos del hombre, cayendo en la superstición y el fanatismo, ese pueblo se halla irrevocablemente condenado á morir tras una agonía lenta y dolorosa: tal es el Imperio Bizantino. Muéstrase lo contrario en Occidente: no hay aquí un pueblo que agoniza, sino una civilización que nace; los Bárbaros se reparten los despojos del Imperio y construyen el cimiento de los grandes Estados europeos. Es este un período de gestación: los Francos, los Anglos, los Sajones, los Germanos, los Godos eran paganos, infieles; traían una civilización agreste y primitiva, pero la Iglesia los atrae, los convierte, los educa, en ella y por medio de ella encuentran las maravillas de la antigüedad, y recogiendo lo que pertenece á otra época y á otra cultura, lo hacen suyo, le imprimen un sello original y aspiran á trabajar por cuenta propia en el laboreo de la inteligencia humana.

Los pueblos bárbaros, al descender de sus estepas y bosques, cambiaron su vida nómada por la vida de la ciudad y del castillo, y ávidos de encontrar regiones más hospitalarias, habían llegado hasta las últimas tierras meridionales de la Europa romana. Y cuando las tribus que moraban en la Scandinavia tratan de seguir el ejemplo de sus hermanos, está ya la Europa central y meridional ocupada por las nuevas razas, y dejándose llevar de sus hábitos marítimos surcan y exploran los mares que bañan las costas de su Península. A la vez no satisfacía á la Iglesia la conversion de los Bárbaros que se enseñoreaban de las Galias, de España y de Italia; todos los hombres, de cualesquiera raza y condicion que fuesen, debían grabar en su alma la nueva doctrina de paz y caridad, porque la religion de Jesucristo era una religion universal, y de aquí la predicacion del Evangelio á todos los pueblos de la tierra. Y ya que los del Norte, los que habitaban las regiones del Báltico, del Oder y del Vistula, permanecían en aquellos sitios desconociendo las divinas máximas del Redentor, era menester que la Iglesia fuese á buscarlos en sus mismos hogares y arrojara en su suelo las primeras semillas de la civilizacion.

Viajes de Noruegos ó Scandinavos, misiones de la Iglesia cristiana; he aquí lo único que puede servir á nuestro objeto en los primeros dias de la Historia occidental.

Los Scandinavos, eligiendo el mar como teatro de sus excursiones, prestan importantes servicios á la Geografia del Norte de Europa, y gracias al rey Alfredo de Inglaterra, á Adam de Brema y á los hermanos Zeno, puede hoy su historia enriquecerse con noticias y datos interesantísimos que hallan comprobacion en el libro conocido bajo el nombre de *Heims kringla* (1). Creemos necesario dedicar un capítulo aparte á los Normandos, así es que en este primero sólo haremos mencion de viajes anteriores al siglo X, dejando para más adelante aquellos que realizan en mares occidentales y tan dignos de estudio por el interes que han excitado al conocerse y por las relaciones que guardan con uno de los más notables acontecimientos de la historia de la geografia y de la historia del mundo.

Alfredo el Grande, rey de la Anglo-sajones de la Heptarquía, inserta en su traduccion de Orosio dos relaciones de viaje, la del danés *Wulfstan* y la del noruego *Other* que visitaron las comarcas septentrionales de Europa.

Wulfstan se hace á la mar en un puerto del Sleswig, navega durante siete dias por el Báltico, llega á la desembocadura del Vistula y termina su

expedicion en Truso, ciudad mercantil situada en las inmediaciones de Elbing. Indudablemente aquellos mares los conocían ya los daneses; así es que lo importante para los progresos de la Geografia se halla, no en que *Wulfstan* explorara las costas más cercanas á su patria, sino en las relaciones que mediaban entre Anglo-sajones y Daneses, que permitieron á Alfredo el Grande suministrar nociones muy nuevas sobre la Geografia del Norte de Europa en la descripción del mundo que sirve como de prólogo á la traduccion de la Historia universal de Orosio.

Other, hombre acaudalado, nacido en uno de los cantones más septentrionales de Noruega, entró en deseos de averiguar hasta dónde llegaba su tierra hácia el Norte, y caminando en este sentido, tras algunos dias de viaje, primero por los desiertos ó estepas que hacen casi inhabitables las regiones comprendidas entre el mar y los montes Dofrines, y despues navegando sin perder de vista la playa, toca en la desembocadura de un gran rio, quiere remontarlo, pero la hostilidad de los hombres que pueblan sus orillas, los primeros que encuentra desde que abandonó su país, le obliga á desistir de su propósito. Sigue adelantando hácia el Norte; un mar inmenso, sin limites, se ofrece á su izquierda, tierras desiertas á la derecha. De vez en cuando interrumpe la monotonía del paisaje la aparicion de pescadores Fineses ó Beormas que persiguen la ballena ó el morso: entónces *Other* desembarca, conversa con ellos y escucha maravillosas relaciones. La Biarmia ó Permia, costa habitada por los Samoyedos, es el último punto á donde llega *Other*, despues de un verdadero viaje de descubierta que justifica el sobrenombre de Nuevo Pytheas con que algunos historiadores le designan.

Tierras que los Romanos habían presentido sin poder determinar su forma ni su extension, hombres que vivían ignorados del resto del mundo, van á entrar en los dominios de la Geografia y de la Historia, merced á la loable curiosidad de *Other* y á las nobles aspiraciones del rey Alfredo de Inglaterra, que, no satisfecho con lo que decían las Historias eclesiásticas del venerable Beda y de Orosio, añade de suyo todas las noticias de su época referentes á la Germania y pueblos Scandinavos. Aquellos hombres oscuros, intratables, que recibieron en són de guerra al audaz Noruego, se llamarán Normandos, y cuando el Feudalismo va á destrozar el vasto Imperio de Carlomagno, los Normandos ayudarán al Feudalismo, se harán dueños de feraces provincias en Francia, en Inglaterra y en Italia, y llegarán á pasear sus toscas naves por el clásico mar Mediterráneo: entregando su destino á las olas, haciendo del mar su mundo y del barco su vivienda, piratas y corsarios, representan en la historia la

(1) Crónica de los Príncipes noruegos de Islandia, por Snorre Turlesson (siglo XII).

última invasión de los pueblos del Norte. Sólo cuando ellos vienen, y fijándose en tierra se hacen señores, duques y reyes, puede decirse que empieza la Edad Media: los tiempos que corren desde Honorio hasta la muerte de Ludovico Pío, parecen tiempos de transición entre la Edad antigua y la Edad media.

Se encuentran, además, en la traducción del rey Alfredo, datos de no escaso interés y relativos á *Wulfstan* para el estudio de los orígenes de determinados pueblos y de las costumbres propias á los que moraban en los alrededores del Vístula. *Wulfstan* señala la isla de Bornholm con el nombre de Burgendelandia, palabra que involuntariamente hace pensar en los Burgundos ó Borgoñones: habitaban éstos las riberas occidentales del Vístula, los terrenos donde hoy se levanta la ciudad marítima de Dantzig, y no es de extrañar que desde este punto recorrieran el corto trayecto de mar que los separaba de Bornholm y dieran su nombre á esta isla. Háblanos de la ciudad de Truso, situada más allá del Vístula, y nos refiere que los Estios—hombres del Este—bebían leche de yegua, no sepultaban en invierno á los cadáveres y los bienes del que moría se entregaban al mejor jinete de la tribu. Secreto que guarda todavía la Historia es el de las emigraciones y movimientos de razas y pueblos que allá en las entonces desconocidas regiones del Norte de Europa produjeron y continuaron la terrible avalancha humana que se conoce con la frase de *Invasión de los Bárbaros*. Las indicaciones de *Wulfstan* empiezan á aclarar algo este punto oscuro, teniendo presente las costumbres de los que moraban al Oriente del Vístula: algunas las conservaban los Rusos á mediados del siglo XVI y otras traen á la memoria las devastadoras falanges de Atila; así es que no puede asegurarse que en la época del viajero danés hubiera desaparecido ya todo contacto con los Hunnos: los Estios parecen tribus mixtas de raza Slava y Turaniense. Y en general, si se han de estudiar con algun fruto los orígenes históricos de Prusia, Rusia y Polonia, preciso es atender á las noticias que Alfredo el Grande recogió de *Wulfstan* en su descripción del mundo.

A la vez el proselitismo religioso proporcionaba nuevos elementos de vida á la Historia y ensanchaba los límites de la Geografía por medio de los predicadores de la fe. El célebre apóstol de Alemania, *San Bonifacio*, hace oír la doctrina del Salvador á los pueblos que vivían al Oriente del reino de los Francos, marcha después á los países donde moraban los Slavos, y desde allí remite á los Pontífices curiosas cartas, dándoles cuenta de todas las noticias que había podido recoger acerca de las tierras, costumbres é historia de los pueblos á quienes pre-

dicaba el Evangelio. La descripción que de estos países hizo no fué tampoco perdida para Alfredo el Grande, pues á ella se atuvo principalmente en lo que se refiere á los Slavones. Así, mediante los esfuerzos de *San Bonifacio* y otros ilustres misioneros, iban conociendo las naciones establecidas en las comarcas que riegan el Oder y el Vístula, y los hombres del Sur se daban la mano con los marinos del Norte. *Oton*, obispo de Bamberg, predicó á los paganos de la Pomerania y llegó hasta la isla de Rugen. En tiempo de Oton II figuran ya en la Historia los Polenos ó Polacos, y reinando Lodovico Pío, el monje *Anscario* visita á Dinamarca y Suecia, casi desconocidas del resto de Europa: el diario de sus viajes, hoy perdido, sirvió á Adam de Brema dos siglos más tarde para la descripción de los países del Norte.

Otro hecho que ha de influir notablemente en beneficio de las ciencias histórico-geográficas es el de las Cruzadas. Pero antes de realizarse la gran lucha entre los sectarios de Cristo y de Mahoma, se prepara el terreno, merced á las peregrinaciones que contribuyen á desarrollar en alto grado el espíritu de observación. Allá en la Palestina murió el Hijo de Dios, y el peregrino atraviesa la Europa y sufre los rigores del clima y la malevolencia de los hombres, para ir á postrarse ante la santa piedra que le revela un mundo de dicha y de ventura. El Asia menor, las islas del Archipiélago, la Siria, las costas de Africa, regiones son conocidas ya de antiguo, mas el hombre de la Edad Media, que ha olvidado su cuna, vive en completa ignorancia de los países y pueblos del Oriente: el sentimiento religioso será la primera causa de relaciones entre el Europeo y el Asiático, y estas relaciones redundarán en pró de la Geografía, porque cuando los peregrinos vuelvan á sus campos, á sus castillos, á sus conventos, describirán detalladamente las tierras que han visto y se harán lenguas de las raras costumbres y extravagantes usos de los pueblos que han tratado. Entonces la fantasía tiende sus alas y la verdad se cubre con multitud de formas seductoras y extrañas, inseparables de gentes que viven en una sociedad rudimentaria y que empiezan apenas á dejarse llevar por la corriente de la civilización. Sin embargo, otros peregrinos que por su estado social han hallado medios de recibir una instrucción superior á los hombres de su tiempo y comprenden la utilidad de fijar las propias observaciones, escriben la relación de sus viajes: esto hicieron *Arculfo*, obispo francés, y *San Villibaldo*, obispo de Auchstedt. El primero, al finalizar el siglo VII fué en peregrinación á Tierra Santa y visitó á Jerusalem y Jericó, el mar Muerto y el lago de Tiberiades, la Samaria y la vasta llanura de Gazan; en suma, todos los lugares que inmortalizaron

el Antiguo y el Nuevo Testamento, no omitiendo en la descripción de las comarcas que recorrió á Tiro, Damasco, Alejandría y otras ciudades célebres en la historia profana. Algo más tarde, en 730, es cuando el inglés *Vilibaldo* abandona su patria y pasando por Italia y la isla de Chipre, se dirige á Palestina para visitar, con escasa diferencia, los mismos lugares que fueron teatro del viaje cumplido por *Arculfo*.

Muy pobres y escasos eran los conocimientos geográficos en aquellos siglos de barbarie; pero estas y otras expediciones anteriores contribuyeron á fomentar algún tanto la afición á describir el mundo: pruébalo así el mapa que en el siglo VII poseía San Galo, fundador de la abadía de su nombre, el mapa que se conserva en la biblioteca de Turin, compuesto en 787, y las tres mesas de plata de Carlomagno, que figuraban la Tierra, Roma y Constantinopla.

En los primeros días de la Edad Media, la audacia del marino y el entusiasmo religioso aparecen como causas primeras de perfección y adelanto en la ciencia que busca el conocimiento de la Tierra. Así lo confirman las exploraciones verificadas en los mares y países del Norte de Europa y los viajes ó peregrinaciones llevados á cabo por los que pertenecen á la religión de Cristo y sienten en su alma vivo deseo de contemplar los lugares que vieron nacer, padecer y morir al Reformador de los hombres. Pero á la vez que los pueblos de Occidente tienden á esparcir la vida dirigiendo su actividad á las regiones orientales, es Asia teatro de invasiones, guerras y conquistas, que hacen pasar sucesivamente el señorío de aquel antiguo mundo á los Persas, á los Arabes y á los Turcos. El que tiene á gala llamarse heredero de los Césares se ve con frecuencia obligado á pactar tregua deshonrosa con los adoradores del fuego ó á aplacar con oro la sed de conquistas de los guerreros musulmanes, y de aquí embajadas y misiones políticas que contribuirán á enriquecer la Geografía y á facilitar los estudios históricos.

También el comercio, verdadera palanca que remueve todos los obstáculos que se oponen á la constitución de la gran familia humana, empieza á producir eficaces resultados cuando todavía los pueblos que llenan la segunda Edad de la Historia mantienen vivos sus odios de raza y su antagonismo religioso. Dizabul, khan de los Turcos, desea encontrar mercados para sus sedas y envía un embajador á Justino II, sucesor de Justiniano; se firma un tratado comercial y al regresar el turco á su país, acompaña el griego *Zeimark*, primer europeo que penetra en las apartadas regiones del Asia Central, desconocidas de los geógrafos griegos y romanos.

Suena ya en la Historia el nombre del pueblo Turco, y la Geografía, la Etnología, la Historia política extienden sus dominios más allá de la Transoxiana y del monte Imaus, lugares que los clásicos suponían poblados de seres quiméricos ó cubiertos por las aguas del Océano. Las comarcas que bañan los ríos Si-hun y Tchui, así como las tierras que visitó *Zeimark* cuando se dirigía al corazón del Turkestan, fueron descritas por Menandro, autor contemporáneo, en las historias de Justino y Tiberio, y otro historiador de los primeros años del siglo VII, Simocata, continuando á Menandro, consagró sus estudios á las tribus asiáticas turcas ó húngaras, aunque concediendo más importancia á su historia y costumbres que á la geografía de sus comarcas. Las nuevas y curiosas noticias que uno y otro reúnen fueron utilizadas por el emperador Constantino Porphirogénito en el libro que escribió para la educación de su hijo Romano II, y en la *Recopilación de Embajadas*.

Un mercader griego que moraba en Egipto, *Cosmas Indopleustes*—viajero cosmógrafo en la India, según M. Charton,—á principios del siglo VI y tomó el hábito y escribió en doce libros una obra intitulada *Topografía cristiana del Universo*, donde expuso doctrinas de algunos Padres de la Iglesia sobre el sistema del mundo y resumió todos los errores de su tiempo acerca de la forma de la Tierra: esta es plana, hablar de los antipodas es hablar de un grosero absurdo y la noche es efecto de la ocultación del Sol tras una gran montaña. Nosotros debemos prescindir y prescindimos de tales disparates científicos; buscamos sólo al viajero, y entonces encontramos que ha recorrido la India hasta Sieldiba (Ceilan) y tal vez el reino de Axum ó actual Abisinia, pues nos le cita sin afirmar terminantemente que le hubiera visitado. En esta parte la obra de *Cosmas* es de alguna utilidad, porque muestra un espíritu observador que le lleva, no sólo al mero estudio geográfico de aquellos países, sino también á consignar en su *Topografía* el genio y carácter de los hombres, la especialidad de las producciones del suelo y de sus industrias favoritas, y en su afán de recoger noticias y curiosos datos, copia la célebre inscripción de Adulis, preciada fuente para la historia y geografía del reino de Axum.

A lo dicho puede reducirse todo lo que en los primeros días de la Edad Media se hace en pró de la Geografía y de la Historia. Merced á los viajes de *Wulfstan*, *Other* y *Cosmas*, á las misiones de los apóstoles del Evangelio y á las embajadas y relaciones políticas y comerciales de los Bizantinos ó Griegos con los dominadores de Asia, complétase el conocimiento que los clásicos tenían acerca de va-

rias regiones del Norte y Oriente, y se avanza algo en esta dirección, salvando las barreras que circunían el mundo de los antiguos. La India, Ceilan, Abisinia, los países orientales del Caspio, los mares del Norte de Europa, no fueron lugares completamente desconocidos para los romanos, sino poco y mal conocidos; ménos noticias tenían acerca de los valles del Imaus y el Altai, y ahora las tribus que moran en estas comarcas se ponen ellas mismas en camino de figurar dentro de la Historia, porque los pueblos tienden, aún sin darse cuenta de ello y por diferentes medios, á comunicarse las creaciones de su espíritu y los productos de su ingenio y de su industria.

Pero todo es rudimentario é imperfecto, como imperfecta y rudimentaria es la sociedad en cuyo seno se verifica el renacimiento, trasformacion y progreso de las ciencias y de las letras; todo requiere tiempo: la Humanidad, considerada en conjunto, procede en su carrera histórica lentamente y por grados, como si fuera guiada por oculta mano que compensa el entusiasmo y el fuego de la juventud con la calma y la experiencia de la ancianidad. Sería desconocer la Historia en el hecho y en la ley afirmar que en el período Bárbaro-cristiano pudo la Geografía acaudalarse con más valiosas adquisiciones; los hombres de aquella época hicieron lo que podían hacer, dar el primer paso: muy pronto, en este mismo período, los Normandos, los reyes del mar, llevan sus barcos hasta las playas de un mundo que ellos conocieron cinco siglos ántes que las naciones más cultas de Europa; los Árabes continúan la obra de *Cosmas*, y la fe religiosa y la codicia mercantil extienden el campo de la Geografía desde los mares de la China hasta las costas occidentales de Africa. Monges y legos heredan las aspiraciones de *San Bonifacio* y de *Zeimark*; los Khanes tártaros reciben en sus tiendas á enviados de la Iglesia y á embajadores de los príncipes cristianos y, por último, aparecen en la historia de los descubrimientos geográficos *Marco Polo*, el viajero infatigable, y los Portugueses, los Fenicios de la Edad Media; aquel explora las tierras interiores de Asia, surcan éstos los mares occidentales de Africa, y uno y otros, á la vez que estimulan la actividad del marino y despiertan febril entusiasmo en el ánimo del viajero, aportan á la ciencia nuevos elementos de vida, contribuyendo á popularizar opiniones, teorías, sistemas que llevarán á *Cristóbal Colon* hasta las playas de América, y á *Vasco de Gama* hasta las costas de la India.

RICARDO BELTRAN Y RÓZPIDE.

(Continuará.)

LA FILOSOFÍA ALEMANA.

Recordarése la escena de *Fausto* en que un estudiante va á consultar al viejo doctor las doctrinas que debe estudiar. Mefistófeles—pues éste es quien, bajo la hopalanda de Fausto, contesta al inocente jóven—le expone sucesivamente las ventajas é inconvenientes de cada ciencia. Cuando llega á la filosofía, el doctor, que sin duda ha estudiado principalmente la filosofía alemana, se expresa en estos términos:

«Créeme: asiste primero á un *Collegium logicum*. Allí te enseñarán á raciocinar. Te calzarán el espíritu con grandes botas de montar para que marche con más seguridad en el camino de la rutina y no se separe á derecha ni á izquierda por los senderos de travesía. Estudiarás durante mucho tiempo, y de esta manera, lo que sabes hacer por instinto, como comer y beber, aprenderás á no hacerlo sino en tres tiempos y en tres movimientos. Resulta con el trabajo del pensamiento como con el del tejedor: un sólo impulso lo pone todo en movimiento; las lanzaderas van y vienen; los hilos corren invisibles, y se forman mil nudos á la vez. La filosofía sube á la cátedra, y te demuestra que necesariamente debe ser así: «A y B están en tal relacion, ¿no es así?—Concedo.—Luego C y D están en tal relacion; y si los dos primeros no existieran, tampoco existirían los dos últimos.» Los estudiantes de todos los países aplauden esta sábia demostracion; pero ninguno de ellos sabe tejer el lienzo. ¿Quieres comprender y describir un cuerpo vivo? Empieza por romperlo para extinguir la vida; reúne en seguida cuidadosamente todos los pedazos; nada le faltará, nada, solamente el lazo inmaterial que unía todas las partes. La química llama á esto *encheiresin nature* (apoderarse de la naturaleza). ¡Pobre ciencia, se burla de sí misma y ni siquiera lo sospecha!—Debo confesar,—contesta el estudiante,—que no consigo comprenderos por completo.—Eso sucederá cuando hayas aprendido á raciocinar segun las reglas de la deduccion y la clasificacion.—Vuestro razonamiento me aturde; paréceme que me gira en la cabeza una rueda de molino.—En seguida, y ántes de todo otro estudio, tendrás que abordar la metafísica. Entónces verás cómo llegas á comprender lo que está fuera de la inteligencia humana; verás cómo para designar lo que se entiende y lo que no se entiende se tiene siempre á mano una palabra sonora...—Muy bien,—contesta al fin el estudiante;—copiaré concienzudamente lo que dicte el maestro, porque la ciencia escrita en negro sobre papel blanco puede llevarse á casa sin peligro de perderla.»

Esto nos dice el mismo Goethe por boca de Mefis-

tófeles. Si esta advertencia no basta para triunfar de una curiosidad científica muy natural; si el espectáculo del espíritu humano luchando con los problemas más temibles de la filosofía ejerce irresistible atractivo; si se tiene bastante fe en las facultades de la inteligencia, nuestro piloto natural, para creer que no han podido explorar con obstinación el Océano de las cosas, sin descubrir en él tierras nuevas, ó al ménos algunos escollos que evitar; si á despecho de las mil críticas de que Goethe se hizo eco se persiste en el estudio de la filosofía, nadie debe asombrarse de verse envuelto en las redes de una dialéctica de innumerables hilos, de ver entre las manos del analista disolverse en frías abstracciones la unidad viva de las cosas, de verse, en fin, lanzado en la inmensidad hasta regiones inexploradas, donde parece que debe faltarnos el aire y la luz. En estos momentos se interrogará á los hombres que han querido leer *lo que la noche de los tiempos envuelve en sus sombras*.

Nadie debe extrañar que sus respuestas estén llenas de palabras desconocidas, que sus doctrinas parezcan á veces un santuario subterráneo cuyos misterios solamente pueden descubrir los ojos familiarizados con las tinieblas.

Las costumbres de los pueblos meridionales hacen especialmente difícil la inteligencia de la filosofía alemana. Existe en estos pueblos, por ejemplo, una especie de creencia innata sobre que no puede ser verdadero aquello que no es claro. ¿Procede de Descartes esta creencia? ¿Ó la adquirió Descartes en la naturaleza especial de su talento? Sea lo que quiera de esto, de tal manera deseamos los meridionales la claridad, que hasta la hemos hecho medida de belleza. Un maestro francés, despues de unir la verdad de la concepción á la claridad de la enunciación, decía: «Solamente es bello lo verdadero.»

Pero este método de discernir la verdad, cuya justificación nos parece supérflua, está muy léjos de obtener el mismo crédito en Alemania. Las facultades intelectuales en los hijos de este país se inclinan más que las de los meridionales hácia lo infinito, lo absoluto, el sér total y completo, foco de luz que irradia en todos sentidos, del que solamente puede ser pequeña partícula un espíritu individual como el espíritu humano. Para la filosofía que se coloca en este punto de vista, el error sería igual contentándose con esta luz parcial, tomándola con el foco mismo, como pretender ver claramente los objetos que no se encuentran en nuestro campo de visión. El espíritu alemán no tiene, pues, sobre el carácter de la verdad el mismo sentimiento que el de los meridionales: tal aserción, que se nos impone inmediatamente porque es clara, deja dudas en el filósofo alemán, que se pregunta si el pensamiento individual está conforme

con el pensamiento absoluto. Recíprocamente, tal demostración, que el filósofo alemán considera necesaria para establecer un principio, y en la que su espíritu encuentra una satisfacción, es para nosotros lo mismo que una nube que nos oculta el sol, ó como esas luces nocturnas que nos deslumbran un momento para extinguirse en seguida, haciendo que la oscuridad nos parezca más profunda.

Tanto como gustamos de la claridad, nos repugnan las deducciones complicadas y laboriosas. La luz refleja nos parece débil en comparación de la directa. Desearíamos que cada proposición brillase por sí misma y sin el socorro de ninguna otra, con la evidencia que produce el pleno convencimiento. Nos es penoso, al abrir un libro, ver que no comprendemos el período que leemos, por no haber leído las páginas anteriores. Vacilamos en penetrar en los senderos estrechos, sinuosos y oscuros, persuadidos de que solamente los caminos anchos pueden llevar á luminosas cumbres. Y como siempre se cree que comprendemos mejor los razonamientos que nosotros mismos hacemos que los que otro nos enseña, cada cual trabaja, según el ejemplo aparente de Descartes, en construir por sí mismo un edificio completo para su conveniencia, en terreno que le pertenezca. Vemos en lo que llaman continuidad histórica una especie de fatalidad brutal, contra la que protesta nuestra fe en el mérito individual, unido, en nuestro concepto, á la iniciativa libre. Nuestros lógicos han sustituido el arte de pensar y de juzgar á la ciencia del raciocinio.

Ahora bien: Alemania es esencialmente el país de los sistemas. Allí es donde se alimentan esas creencias con mil fases que presentarán su armoniosa complejidad como prueba de su variedad. Emulo de la naturaleza, el filósofo alemán tiende á reproducir hasta el fin en sus obras la historia del desarrollo orgánico; y tal vez no carece de encanto para su espíritu meditabundo ver las ideas, como las plantas, despues de haberse desarrollado, florecido y dado fruto, sufrir el asalto de ideas contrarias, ceder paulatinamente al esfuerzo invasor, y finalmente, secarse en apariencia, para reaparecer en realidad llenas de sávia y de vigor en el seno de formas nuevas, á las que dan vida y porvenir. Y no son solamente los individuos los que observan con paciencia y unidad de miras el desarrollo completo del árbol que ellos hicieron brotar de la tierra: parece que en la patria de los *Niebelungen* los individuos desaparecen para dejar el puesto á un pensamiento impersonal, que busca aquí y allá sus intérpretes, y que, por sucesivas encarnaciones, revela al mundo los diversos momentos de su evolución. Ser instrumento de esta potencia superior y misteriosa; hablar, no en el propio nombre, sino en el de ese genio invisible que solamente se realiza en los individuos

y que sin embargo supera infinitamente á los individuos; no hacer uso del libre albedrío sino para entrar en el torrente de la fatalidad providencial: tal es, según el concepto alemán, el principio del genio y de la virtud; tal es la condición del mérito intelectual y moral. Por esta razón aparecen al observador los principales sistemas de filosofía alemana como concurso majestuoso de un sólo y único río, ó como mil riachuelos diversos que, habiendo tenido diferentes orígenes, se unen poco á poco para llegar, á la hora señalada en la ley de las cosas, á sumergirse en el Océano.

Tal es el encadenamiento de las doctrinas filosóficas en Alemania, por cuya razón, pretender conocerlas y apreciarlas sin hacer de ellas un estudio metódico, es lo mismo que empezar á leer por el centro un tratado de geometría.

Si, pues, la inteligencia de la filosofía alemana representa para todo el mundo, y en particular para nosotros, grandes dificultades, lo primero que debemos hacer es buscar el punto de vista que domina todas estas especulaciones y en el que aparecen con su verdadera luz. Debemos penetrar con el pensamiento en el fondo del espíritu alemán, para descubrir en él las primeras é instintivas inclinaciones que dirigen la reflexión del filósofo, sin que él se dé cuenta de ello. Debemos procurar definir los principios que anteceden en el espíritu alemán al esfuerzo consciente y calculado del pensamiento individual. Y como es difícil juzgar bien de una cosa sin compararla á las cosas del mismo orden conocidas ya, deberemos analizar el genio filosófico de Alemania comparándole con el de Francia:

I.

Lo que primeramente llama la atención á cuantos examinan en este momento los caracteres de la filosofía francesa es que no ha mantenido la íntima unión de la filosofía y de las ciencias que existía en la antigüedad clásica. Seguramente Descartes era tan sabio como filósofo, y, sin embargo, en filosofía propiamente dicha aparece ya como tendiendo á aislarse de las ciencias. La absoluta oposición que establece entre el espíritu y la materia, ¿podía dejar de revelarse en el estudio de estos dos asuntos? Así le vemos negar existencia propia á las ciencias intermediarias entre la filosofía y las matemáticas, como la fisiología y la física propiamente dicha. Metafísica y mecánica: todo se encierra en estos dos términos. La una procede por reflexión, la otra por deducción; la una tiene por regla de certidumbre la evidencia intuitiva, la otra el encadenamiento de las ideas entre sí, según el principio de la permanencia de una misma cantidad de movimiento. Esta separación de la filosofía y de las ciencias, que de seguro no deseaba Descartes; puesto que pre-

tendía deducir de las mismas perfecciones divinas las grandes leyes del mundo, ha aumentado paulatinamente en sus sucesores y ha concluido por ser completa y sistemática. Malebranche solamente admitía ya un paralelismo fortuito entre la sucesión de las ideas y la de los movimientos; Bossuet deducía del abismo natural que separa los cuerpos de los espíritus la prueba de la existencia de Dios, autor de su unión. Fenelon, como Bossuet, solamente veía en las propiedades estéticas de la creación, así como en el orden de la conveniencia, efectos de una razón completamente distinta de la de las criaturas. En fin, si Condillac pretende hacer de la sensación el manantial único de nuestros conocimientos, la separación que existe para él entre la filosofía y las ciencias físicas, se revela por la evolución completamente psicológica por medio de la que anima á su hombre-estatua. Verdad es que en el siglo XVIII, bajo la influencia del desarrollo de las ciencias, se formaron sistemas pretendiendo fundar la filosofía sobre la física, la historia natural, la mecánica y las matemáticas; como había imaginado Descartes, la filosofía no dió ya leyes á las ciencias, sino que las ciencias impusieron sus principios y sus procedimientos á la filosofía. De este método nació una filosofía materialista, que floreció por algún tiempo en Francia, para sucumbir, sin embargo, muy pronto, á principios del siglo XIX, bajo los golpes de Maine de Biran, que la encontraba contraria á los datos de la experiencia interna, y de Victor Cousin que la declaraba anti-francesa. Al mismo tiempo obraba sobre los franceses la influencia escocesa, induciéndoles á encerrarse en la psicología, á constituir la en dominio aparte y á ver también en la filosofía, no ya la madre común de todas las ciencias que celebraba Aristóteles, sino un estudio especial, paralelo á los otros estudios. El ingenioso y paciente Jouffroy demostró, con el raciocinio y con el ejemplo, la legitimidad de las investigaciones filosóficas así entendidas. Con él y sus discípulos se desarrolló el arte de analizar delicadamente las operaciones del espíritu, como el novelista sondea los pliegues del corazón. Hoy, sin abandonar la psicología escocesa, pero sin ver tampoco en ella otra cosa que una ciencia particular casi tan distinta de la filosofía propiamente dicha como la fisiología ó la física, vuelven los franceses al punto de vista antiguo y desean para su filosofía, ávida en adelante de las luces que pueden suministrarle las ciencias y celosa del derecho de interrogar al universo á nombre de la conciencia moral, destinos nuevos que atestigüen su fecundidad.

Esta unión de la filosofía y las ciencias, para la que por mucho tiempo ha sido obstáculo el dualismo cartesiano, parece, por el contrario, carácter

constante de la filosofía alemana. Y allí esta unión no es una simple conciliación, resultado de un compromiso: los dos órdenes de estudios se penetran recíprocamente, tendiendo á no hacer más que uno. Hoy mismo comprende la facultad de Filosofía en las universidades alemanas, no solamente la filosofía propiamente dicha, sino también el conjunto de las ciencias teóricas; de manera que todo lo que no es teología, derecho ó medicina, entra en la filosofía. De la misma manera que al dualismo cartesiano oponen los alemanes el monismo leibnitziano, así también no ven en el espíritu y la materia más que los dos términos, igualmente abstractos, de la escala infinita de los seres; de la misma manera también, la filosofía les parecería sin vida si se separase de las ciencias, y éstas sin regla si se separasen de la filosofía.

Leibnitz no era, como Descartes, sabio y filósofo, sino que era científicamente filósofo y filosóficamente sabio. Así es que domina en su metafísica el principio de la continuidad, que tomaba de las matemáticas, y en su física el principio de la razón suficiente, que tomaba de la metafísica. Quizá debió Kant al atento examen del método seguido por Galileo, Torricelli ó Sthal la primera idea de su *Crítica de la razón pura*, es decir, de ese subjetivismo teórico que debía imponerse en adelante como punto de partida ú objeción inevitable á todos los pensadores de Alemania. Los Schelling y los Hegel no construían solamente la filosofía del espíritu, sino también la de la naturaleza, con el auxilio de furtivos empréstitos que tomaban á las ciencias. Herbart veía en los datos positivos de las ciencias el único fundamento legítimo de la filosofía, y escribía un tratado sobre la posibilidad y la necesidad de aplicar las matemáticas á la psicología. Schopenhauer prueba que la voluntad es el principio de todo, analizando la materia de que se forman, de un extremo á otro de la creación, los órganos, los instintos y las facultades. El fisiólogo Lotze hace concurrir al establecimiento de un leibnitzianismo nuevo todos los recursos que pueden ofrecerle los conocimientos científicos más extensos, y aplica principios metafísicos á la historia de la naturaleza y de la humanidad. En fin, en nuestros días, Eduardo von Hartmann se apoya en los resultados de las ciencias naturales para explicar el mundo, no ya por la voluntad pura y simple, como hacía Schopenhauer, sino por la voluntad unida á una ciencia inconsciente, principio de finalidad al mismo tiempo que de creación.

Así, pues, unas veces más imperiosa y otras más dócil, ya dictando leyes, ya recibíendolas, pero sin desinteresarse jamás de las cuestiones que agitan las ciencias positivas, tendiendo por el contrario á confundirse con ellas, como Leibnitz identificaba

en el fondo las causas finales y las causas eficientes, la filosofía alemana ofrece, en lo que concierne á su relación con las ciencias, un carácter especial que la distingue de la francesa.

II.

Lo mismo ocurre en lo concerniente á las relaciones de la filosofía con la religión.

A consecuencia de las profundas discusiones á que se entregaron los escolásticos sobre las relaciones de la razón y de la fe, Santo Tomás, con su habitual precisión, determinó los límites de los dos dominios, ó al ménos de uno de los dos, los de la razón. La misión de esta era demostrar los preámbulos de la fe, como la existencia de Dios, el espiritualismo del alma y la libertad del hombre, y dar al espíritu, en la medida de las fuerzas humanas, la inteligencia de los dogmas revelados. De esta manera se estrechaba el campo de la razón, pero al mismo tiempo la razón era dueña en su campo. Puesto que debía conducir á la fe, no podía apoyarse en ella, á ménos de encerrarse en un círculo vicioso, teniendo que encontrar en ella misma el principio y la piedra de toque de sus demostraciones. De esta manera quedaba proclamada la legitimidad de una filosofía natural al mismo tiempo que se la imponían infranqueables límites, y en 1270, en el mismo año de la muerte de San Luis, se creó en París una Facultad filosófica propiamente dicha. Al siguiente año se expidió un decreto que prohibía á los maestros de la Facultad de Filosofía abordar las cuestiones teológicas propiamente dichas. Así se constituyó en Francia una filosofía separada de la religión, tratándose todas las cuestiones que le eran propias, hasta las de la existencia de Dios y la inmortalidad del alma, según las solas luces de la razón. Este carácter de la filosofía francesa se ha conservado hasta nuestros días.

Sin duda alguna Descartes permaneció sincera y profundamente adherido á la religión, y nadie tiene derecho para ver un fingimiento diplomático en las protextas de respeto del que hizo y cumplió el voto de peregrinación á Nuestra Señora de Loreto para celebrar el descubrimiento de su *método*. No resulta ménos claramente que Descartes colocó la verdad de la religión en un arca santa, y que, fiel al método tomista, creyó en la posibilidad de una demostración puramente racional de la existencia de Dios, del espiritualismo del alma y de la libertad del alma. Hasta formuló y puso en claro el principio del método según el cual las ciencias naturales son las columnas de un templo cuya cúpula es la religión, de tal manera que, abolidas las ciencias, la religión quedaría en el aire, sin sosten y sin punto de apoyo. Educado Descartes en estas ideas, reconoció sin duda la imperfección humana:

más aún, fundó sobre esta misma imperfección, sobre la duda á que estamos sujetos, sus dos grandes principios del *Cogito, ergo sum* y de la existencia de Dios; pero al mismo tiempo profesó que esta razón, condición de la fe, puede adquirir por sí misma la certeza en ciertos puntos, y que existe un *criterium* natural de la verdad. Cosa notable: Descartes, que se encierra en la filosofía, reproduce en el seno mismo de su sistema la relación que el tomista establece entre la luz natural y la luz sobrenatural; porque si la razón, según Descartes, aún antes de conocer á Dios puede bastarse á sí misma, obtener una certeza subjetiva, solamente reconociendo la existencia de Dios y fundándose en la idea de sus perfecciones, puede saber que existe un mundo real conforme á sus pensamientos, y adquirir así lo que se llama certeza objetiva. La creencia en Dios es el coronamiento indispensable de la creencia en la razón.

De todo esto resulta claramente que esta filosofía se manifiesta extraña á la revelación, y si las doctrinas que encierra revelan la influencia de la escolástica, en sí misma pretende un carácter puramente racional.

Después de Descartes, Malebranche, Bossuet y Fenelon desarrollaron la filosofía y más especialmente la teología natural, hasta que el siglo XVIII, reteniendo solamente de los principios de Descartes la razón y Dios, lo que manifestaba con mayor claridad la distinción entre la filosofía y la teología, proclamó ese racionalismo aislado que consumó la revolución empezada en el siglo XIII.

Desde entonces la evidencia de la razón, considerada independientemente de la existencia de Dios, no fué únicamente el punto de partida subjetivo del conocimiento: convirtiéndose en sello de la verdad absoluta, y así la razón no tuvo ya que buscar fuera de ella el objeto de sus demostraciones; recibió el derecho de determinar por sí misma, y propuso las cuestiones así como dió las respuestas. El piloto no fué ya ministro de una autoridad superior; sino que por sí mismo marcó el punto á que debía seguir el buque.

Una vez pasada la época del escepticismo burlon y de las negaciones brutales, la religión reapareció como un refugio para los espíritus inquietos, ó como el coronamiento del edificio científico y moral elevado por la razón; pero los dos dominios permanecieron separados. Un Maine de Biran construyendo su filosofía como su misma vida, puso por piso, sobreponía al materialismo el estoicismo, y al estoicismo el cristianismo. Por otra parte, Victor Cousin y Emilio Saisset veían en la razón y en la fe los rayos paralelos que se unían en lo infinito.

Parece que el dualismo de la razón y de la fe ha dominado hasta aquí en Francia, como en lo con-

cerniente á la relación entre la filosofía y las ciencias positivas, el dualismo de los sentidos y de la conciencia.

Por el contrario, puede decirse que Alemania no ha conocido nunca la filosofía puramente natural, como tampoco la teología puramente revelada.

Ya á fines del siglo XIII y principios del XIV, el tomista Eckhart, llevando hasta el extremo el intelectualismo de su maestro, quiso que la verdad religiosa fuera completamente accesible á la razón; y sin apercebirse de ello trató la verdad religiosa como una expresión simbólica de la verdad racional.

La relación de la Naturaleza y de la Gracia domina la filosofía de Leibnitz, como más de una vez demuestran los títulos de sus obras filosóficas. Cuando se dice en la *Monadología* (§ 89) que «Dios como arquitecto contenta en todo á Dios como legislador, y que así los pecados deben llevar con ellos su pena por el orden de la naturaleza y en virtud misma de estructura mecánica de las cosas,» se demuestra en esto que, para Leibnitz, lo natural y lo sobrenatural no están sencillamente yuxtapuestos ó sobrepuestos, sino que en el fondo no son más que dos aspectos, dos grados de una cosa sola é idéntica.

Lessing ve en el Antiguo y Nuevo Testamento, que prometen al hombre virtuoso, el uno recompensa inmediata, el otro recompensa futura, las dos primeras partes del plan divino para la educación de los hombres, la ley moral como reflejada y hecha sensible y en un espejo doble, y por lo mismo apropiada á inteligencias y voluntades débiles aún; y espera un tercer Evangelio que nos revelará, no ya en figura, sino en espíritu y en verdad, la doctrina de la virtud perfecta, absolutamente desinteresada, y encontrando en ella misma su recompensa.

Sin duda alguna Kant (1) habló rudamente de las máximas evangélicas más respetadas, y no puede negarse que, en su horror hácia lo que llama fanatismo y superstición, experimentó algo la influencia francesa. Sin embargo, entiende estas palabras en un sentido mucho menos refinado que tienen en Francia. Está muy lejos de negar el valor supremo de la santidad comparada con la simple virtud, sino que se limita á negarnos el acceso á ella aquí bajo; tampoco rechaza el lado histórico de la religión: ve en ella un símbolo necesario para hacer penetrar la verdad en espíritus unidos á sentidos, y en cierto modo, la imagen móvil del sér eterno. No quiere que desaparezca la religión, porque es el vínculo indispensable de la moral. Nada existe en ella, incluso el dogma de la caída original, que, en contra de las ideas de su tiempo, no admita en su filosofía.

(1) *Grundlegung zur Metaphysik der Sitten.*

Pero principalmente su *seriedad moral*, como diría un alemán (*sein sittlicher Ernst*), la manera con que entiende el respeto debido á la ley, el tono absoluto y solemne con que anuncia los mandamientos de la razón práctica y hasta la palabra fe, en su opinión la más hermosa de todas para designar la especie de adhesión que conviene á esas verdades superiores, las más ciertas de todas; sus notables rasgos que revelan creencias más fuertes que las convicciones puramente filosóficas, son los que revelan la pendiente naturalmente religiosa del alma y los profundos rasgos que ha dejado en ella la educación pietista, manifestando, en una palabra, de una manera cierta la íntima alianza del espíritu filosófico y del sentimiento religioso.

Después de Kant, y bajo su influencia, la crítica alemana ha minado por todas partes con implacable constancia los edificios religiosos levantados por la ortodoxia. Sin embargo, una idea ha dominado esta crítica distinguiéndola constantemente del racionalismo volteriano. Los alemanes han visto en las religiones, cuyo origen sobrenatural negaban algunas veces, una expresión del espíritu humano análoga, sino superior, á los demás fenómenos por que se ha manifestado, tales como el arte, las ciencias y las instituciones políticas. Han tributado por lo tanto á la religión el mismo respeto que á las demás realizaciones del pensamiento; jamás se han atendido á una crítica puramente negativa, y sus filósofos más atrevidos no han dejado de buscar en el fondo de las religiones que se desarrollan en los tiempos, la religión eterna.

Así es como Schleiermacher—que Alemania considera como el gran reformador de su teología protestante, como su primer teólogo después de Lutero,—no concediendo á los dogmas positivos ningún valor científico, refiere la religión á una tendencia especial, tan noble como imperiosa, de la naturaleza humana, esto es, el piadoso sentimiento de nuestra dependencia respecto á lo infinito y á lo eterno, y asegura que las religiones son profundamente respetables á título de expresiones más ó menos fieles del sentimiento religioso.

Schelling ve en la ciencia, el arte y la religión los grados sucesivos de la revelación y de lo absoluto. Según él, el objeto de la religión es ya el de la ciencia y del arte; pero en estas dos formas del pensamiento, este objeto no está más que presentado con auxilio de símbolos más ó menos imperfectos, mientras que en la religión está comprendido en sí mismo.

Para Hegel, la religión opone recíprocamente la naturaleza y el pensamiento que el arte había confundido; encierra á Dios todo entero en los límites de una naturaleza personal, y solamente deja al mundo el pecado y la corrupción: compete á la

filosofía recoger estos dos principios necesarios á la realidad.

Si la izquierda hegeliana, especialmente el doctor Strauss, ha llevado la crítica hasta el extremo en el terreno histórico, no ha dejado de conservar la creencia en lo absoluto y de atribuir á los fenómenos religiosos el valor inherente á toda manifestación del sentimiento natural.

En fin, los espíritus más hostiles á la religión, como Feuerbach, no llegan á despojar ese entusiasmo lleno de confianza, esa fe en el advenimiento de un reino de paz y de caridad, ó bien esa trágica aspereza en la sublección, últimos rastros de las creencias religiosas. El discurso pronunciado sobre la tumba de este materialista por un hombre de su escuela, glorificando al maestro del porvenir porque con su resuelta negación de Dios y de la inmortalidad ha preparado en nuestro mismo mundo el advenimiento de ese reino ideal que hasta ahora estaba reservado para otra vida, celebrando en Feuerbach el continuador del Cristo y el consumidor de la fe, en último caso, parecía más una homilía que una alocución profana, y solamente hería el sentimiento religioso porque le usurpaba su lenguaje.

La enseñanza pública en Alemania responde á este estado de los espíritus; y hoy mismo, en las Universidades alemanas, la filosofía y la teología están unidas en estrechos lazos. Si el profesor de teología pide á la filosofía la inteligencia de los misterios sagrados, la expresión racional de las verdades que la fe recibe de la imaginación, el profesor de filosofía, por su parte, no se cree con derecho para tratar de la teodicea, ó ciencia de Dios, llamada en Alemania «filosofía de la religión» (*Religions-Philosophie*), sin recoger sobre este punto las enseñanzas suministradas por las religiones positivas, sin recurrir á ese manantial natural de informaciones que, según él, es el más directo, más rico y más puro. Cree, en efecto, que la reflexión individual puede muy bien analizar y reducir las ideas abstractas, pero no suplir las creaciones del pensamiento impersonal.

Así, pues, existe en el fondo del espíritu alemán un no sé qué de místico, un instinto de lo infinito, de lo absoluto y de lo insondable, que penetra todas las obras de la inteligencia, y mezcla al atrevimiento filosófico más grande la gravedad y el misterio propios de la religión. ¿En qué consiste precisamente este espíritu religioso que circula á través de todos los sistemas de filosofía alemana? Difícil es determinarlo. ¿Qué es Dios? dice el Fausto de Goethe. «¿Acaso no solicita todo tu inteligencia y tu corazón? ¿Acaso lo invisible no se agita visible en derredor tuyo en un misterio eterno? Llena de este invisible tu corazón, por vasto que sea, y cuando

rebose en alegría infinita, entónces di las palabras que acudan á tu espíritu: llama á lo que sientas en tí felicidad, corazón, amor, Dios. En cuanto á mí, no sé el nombre que le conviene. El sentimiento es todo; el nombre no es más que ruido y humo, una nube que nos oculta el esplendor de los cielos.»

III.

Si la filosofía francesa y la filosofía alemana difieren en sus relaciones con las ciencias y con la religión, es porque, consideradas en sí mismas, difieren también en sus principios. Las relaciones, ha dicho con razón Montesquieu, derivan de la naturaleza de las cosas.

Parece que en el fondo de la filosofía francesa se encuentra efectivamente esa tendencia al dualismo que hace presentir su actitud respecto á las ciencias y á la religión. Para ella, espíritu y materia son dos sustancias radicalmente distintas y susceptibles de existir separadamente. De la misma manera, Dios y el mundo tienen cada uno su existencia propia. Sin duda alguna, el mundo no existe por sí mismo, y por esta razón el dualismo de que se trata es muy distinto del dualismo antiguo y del maniqueísmo, sino la realidad distinta á la suya que Dios ha dado á sus criaturas. El mundo es á Dios lo que la obra es al obrero, lo que la palabra es al hombre. Y, en el seno mismo del mundo, los seres son realmente distintos unos de otros. La individualidad no es una apariencia, un accidente, una limitación, una caída; es una realidad irreductible, el fondo mismo del sér; es á la vez un progreso, un signo de excelencia. La libertad individual, que revela á cada uno de nosotros su conciencia particular, es, á los ojos del filósofo francés, un hecho último más allá del cual no se debe remontar; porque lo inconsciente y lo impersonal en que se sumergiría la reflexión no está más allá sino más acá de la voluntad consciente.

Además, si el dualismo francés, á diferencia del dualismo maniqueo, no pone en el mismo plan los seres que distingue, sino que tiende, por el contrario, á establecer entre ellos una subordinación radical; si, por ejemplo, da claramente al espíritu la primacía sobre la materia, el mundo, después de Dios, se detiene de ordinario en la pendiente que llevaría á la oposición absoluta de los dos términos, y por consiguiente á la negación del uno considerada como complicada en la afirmación del otro. El dualismo está contenido y protegido por una tendencia realista sin lo cual degeneraría muy pronto en monismo espiritual ó materialista. Y, como para manifestar más claramente este fondo de realismo, cuando el filósofo francés quiere á toda costa llegar á la unidad, casi nunca sacrifica la materia al espíritu, resulta el espíritu sacrificado á la materia;

en efecto; esta, al ménos, reducida á sus propiedades esenciales; no encierra nada análogo á esos estados de conciencia que se interponen entre el pensamiento y los objetos y dan un pretexto al idealismo.

Este fondo de dualismo realista constituye en cierto modo la materia primera que los filósofos franceses elaboran según la índole especial de su espíritu,—ó bien el suelo natural que alimenta y desarrolla los gérmenes nacidos de su reflexión.

Descartes empieza su filosofía con definiciones que abren primeramente un abismo entre el hombre y Dios por una parte, y entre el espíritu y la materia por otra. Yo soy, dice, un sér sujeto á duda, y Dios es un sér perfecto. El espíritu es el pensamiento y la materia es la extensión.

Partiendo de este principio, Malebranche no podía explicar más que por la perpetua asistencia de Dios las relaciones que existen entre nosotros y las cosas, entre nuestra alma y nuestro cuerpo; y juzgaba necesario que el hombre saliese de sí mismo y que Dios se mostrase á él para que pudiese establecerse relación entre los dos seres.

Después pudieron modificarse más ó ménos las definiciones del alma y del cuerpo, del hombre y de Dios, pero no por eso ha dejado de mantenerse la existencia real y separada de los seres. Hé aquí, dice Emilio Saisset, los dos polos de toda ciencia humana: «La persona yo, por una parte; la persona Dios, á donde conduce todo.» Existe, dice Maine de Biran, en la relación de los dos elementos, el esfuerzo deseado, la voluntad y la resistencia, sello seguro de una distinción invencible entre el espíritu y la materia, así como de la igual realidad de estas dos naturalezas.

En fin, la doctrina del libre albedrío, enérgicamente defendida por Descartes, quien, para demostrar hasta qué punto daba á estas palabras todo su valor, llegó hasta hacer depender de la libre voluntad de Dios las verdades eternas, matemáticas y morales, se encuentra en Bossuet, Fenelon, los espiritualistas y publicistas modernos, extendida, con infatigable persistencia, en el sentido de la iniciativa real del individuo, signo de su excelencia y fuente de su mérito.

Verdad es que en la misma Francia ha encontrado muchos adversarios el espiritualismo cartesiano. Pero parece que el punto de vista de Descartes se revela hasta en aquellos que con más energía rechazan las doctrinas del maestro.

A pesar de algunas tentativas destinadas á vivificar y animar la materia,—como la de Cabanis, ó en nuestros días, la del historiador amante de la naturaleza, Michelet,—la definición cartesiana de la materia, que solamente atribuye á esta forma del sér propiedades matemáticas, ha dominado en las es-

cuelas materialista y positivista. La Mettrie escribía un libro sobre el *Hombre máquina*, y d'Holbach no admitía como primeros principios más que *materia* y *movimiento*. Ahora bien: esta reducción de las propiedades más ó ménos vecinas del pensamiento á propiedades matemáticas es lo que hacen los filósofos, cuyo espíritu permanece más ó ménos dominado por el dualismo cartesiano, hasta cuando suprimen uno de los dos términos.

Puede decirse que existen otras tantas opiniones disidentes con relación á Dios. Cuando no se detienen en el deísmo, que es la exageración hasta de la distinción, suprimen á Dios pura y simplemente y con él todo elemento divino de la naturaleza. Establecida esta negación, el mundo no es ya otra cosa que un encañamiento de causas y de efectos sin tendencias hácia un fin, sin instinto de lo mejor, sin mezcla de causas finales. O en otros términos, es el mundo de Descartes, sin la asistencia divina.

El espíritu francés, aún en esta fase de su desarrollo, no se ha atenido al materialismo, sino que ha continuado su marcha hasta el positivismo, y se ha establecido en él como en posición sólida. Ahora bien: el positivismo solamente es un paso más en el mismo sentido, puesto que destituir á la naturaleza de las *causas* así como de los *fines*, es acabar de eliminar lo que, según el mismo lenguaje positivista, recuerda la teología; es hacer todo lo grande posible la distancia que separa el mundo de Dios; es hacer un esfuerzo supremo para cortar todo lazo entre estas dos esencias. Pero hé aquí que al mismo tiempo despierta y se alza, en el seno mismo de los espíritus positivistas, llamada en cierto modo por el vacío que esta concepción del mundo ha dejado en su alma, la idea de lo infinito, de lo inmenso, del sér, del Eterno, de Dios, en fin, que su implacable crítica creía haber sepultado en el olvido ó relegado á la región de las quimeras.

«Inaccesible, dice M. Littré, no quiere decir nulo ó no existente. La inmensidad es un océano que viene á batir nuestra ribera, y para él que no tenemos barca ni vela, pero cuya clara visión es tan saludable como formidable... La inmensidad, añade, se nos presenta con doble carácter: la realidad y la inaccesibilidad.»

Considerar así el orden de los hechos y el orden de las causas, es decir, el mundo y Dios, como absolutamente inconmensurables, no es renegar de la tendencia cartesiana hácia el dualismo, sino llevarla hasta su último límite.

Si estas diversas doctrinas revelan una disposición común de espíritu, tienden, en virtud de esta misma disposición, á oponerse entre sí de la manera más decidida y precisa. Francia es el país en que, en las luchas intelectuales, cada cual lleva hasta el extremo su opinión, para que se distinga bien de

la de su adversario; y las discusiones consisten ordinariamente en esfuerzos respectivos para eliminar de la doctrina que se sostiene todos los elementos que admite el contrincante, para no dejar al enemigo, aunque uno mismo pierda terreno, ninguna posición en nuestro campo, para constituir un orden de ideas, restringido tal vez, pero claramente definido y perfectamente homogéneo. Espiritualismo y materialismo, teísmo y ateísmo son en francés palabras cuyo sentido está extraordinariamente restringido y que implican afirmaciones ó negaciones absolutas.

Si buscamos la razón de estas tendencias filosóficas, la encontraremos quizá en ese carácter del espíritu francés cuya clara conciencia fué para Descartes objeto de entusiasmo, en la creencia de que el entendimiento ó razón gobernada por el principio de contradicción es para el hombre la medida suprema de la verdad. Modelamos instintivamente nuestras ideas según las exigencias del principio de contradicción. Las recortamos; perfilamos sus contornos, las hacemos claras en sí mismas, es decir, homogéneas, y distintas con relación á otras ideas del mismo género, es decir, compuestas de elementos que sean á los elementos de las otras ideas como la afirmación á la negación. Una vez admitido un principio, nos servimos de él como una unidad de medida para evaluar las proposiciones que se nos someten, admitiendo, de igual manera que el mismo principio, todo lo que dimana de él, y rechazando todo lo que de él se separa. De aquí procede nuestro gusto y nuestra aptitud para las matemáticas, esa ciencia de lo exacto y de lo consecuente. De aquí procede nuestro gusto en literatura por la unidad de composición y por la distinción de géneros, nuestra aversión por los géneros mixtos como la prosa poética ó el drama filosófico; en política nuestro ardor por sostener los principios claramente definidos y hacer tabla rasa de todo lo que estorba á la aplicación de estos principios. La facultad de separar los principios simples y de marcar con rasgos precisos sus signos distintivos, de oponer las ideas entre sí separándolas cada vez más de todo elemento común, en una palabra, de la *razón analítica*: tal es la raíz de nuestra naturaleza intelectual.

En el desarrollo de la filosofía alemana, propiamente dicha, dominan principios muy distintos; y la manera con que se entienden las relaciones de los sentidos y de la conciencia, de la razón y de la fe, deja entrever la diferencia. En el dominio que le es propio, así como en sus relaciones con los demás principios de la vida intelectual, tiende á acercarse, á reunir, á identificar. El espíritu y la materia, Dios y el mundo, no son ya sustancias distintas y separables; son aspectos ó grados diversos de una

misma y sola sustancia, de una misma y sola naturaleza. Según esto, la individualidad, el libre albedrío no son realidades sustanciales, perfecciones; sino, al contrario, señales de una naturaleza limitada, encerrada en un círculo estrecho, no expresando más que una débil porción de la esencia infinita. El libre albedrío individual, si no se reduce á la insuficiencia de la conciencia para conocer en su totalidad las causas de nuestros actos, no es á lo sumo más que la casualidad, viniendo á trastornar la armonía del todo, introduciendo lagunas, vacíos y desórdenes en el tejido, donde el pensamiento no querría ver más que continuidad, encadenamiento y unidad.

La perfección es todo lo opuesto á la naturaleza individual: consiste en hacer caer las barreras del *yo*, en absorber é infundir en el alma una infinidad de naturalezas; en ser todo lo que se puede ser, en comprenderlo todo por el pensamiento, en experimentarlo todo por el corazón, en realizarlo todo por la voluntad. Porque el todo es el infinito y el infinito es Dios. Además, cada parte puede aspirar á ser todo. En efecto, gracias á las mismas relaciones de acción y reacción que sostiene con las otras partes y que garantizan la unidad del conjunto, cada parte tiene en sí misma el rudimento del todo; cada una es Dios mismo en estado virtual, al mismo tiempo que una porción de Dios realizado. El Dios que dormita en ella tiende á despertar y á desplegarse; y aparecerá en su grandeza infinita si el alma individual desarrolla todos los gérmenes que tiene de sus relaciones con el universo. Además, en este inmenso esfuerzo para poseerlo todo, no se trata de elegir entre lo bello y lo feo, entre lo noble y lo innoble, entre el bien y el mal. Todo lo que puede ser, ha debido ser; el Dios supremo no deja nada en la nada. «Tú me entiendes,—dice Fausto á Mefistófeles,—no se trata de alegría. Me entrego á las tempestades, á los goces más dolorosos, al odio más delicioso, á la desesperación que refresca el alma. Mi corazón... no se cerrará á ningún dolor; quiero reconcentrar y gozar en mí todas las emociones de que se ha hecho capaz al género humano; quiero coger con mi espíritu todo lo que hay de más alto y más bajo en la humanidad; quiero encerrar en mi seno todos los bienes y todos los males; quiero agrandar mi corazón hasta el punto de abarcar la humanidad entera y sumergirme con ella en el abismo infinito del sér.»

Al mismo tiempo que la filosofía alemana profesa esta identidad de lo finito y lo infinito que constituye el panteísmo, presenta en gran parte de su desarrollo carácter idealista. Encuéntrase inclinada á la unificación por su tendencia misma, cuando, como era natural, le añade la idea de que el elemento ofrecido al espíritu por el mundo exterior es el

mismo múltiplo en su último grado de defusión. En estas condiciones, toda unidad viene del espíritu, y puesto que la unidad es la perfección, el espíritu aparece como siendo él mismo esa forma superior del sér que domina los individuos, que los libra de sus trabas y los eleva á la impersonalidad, que prepara el advenimiento de Dios, que realiza Dios. El espíritu es el Dios eterno que realiza el Dios viviente. Así se forma en el pensamiento alemán esa doctrina de que el espíritu es la regla y el principio de las cosas, que de él reciben éstas su sér y su naturaleza, y no son en definitiva más que sus ideas mismas, proyectadas al exterior, y á las cuales presta una sombra de realidad para adquirir conciencia y revelarse á sí mismo.

El panteísmo más ó menos mezclado de idealismo, tal es el punto de vista que se manifiesta en todos los grandes sistemas de filosofía alemana.

Ya Spinoza (porque el spinosismo pertenece á Alemania, tan en su centro se encuentra allí) sólo conserva las definiciones cartesianas del alma y del cuerpo para hacer de estas dos naturalezas dos rayos procedentes de un solo foco; y si pone el infinito entre el Criador, único sér libre, y la criatura, absolutamente esclava, no teme decir que, penetrando en lo más profundo de nosotros mismos, sentimos, experimentamos que somos eternos. Además, por cerca que se encuentre todavía de la teoría cartesiana de las ideas claras, admite ya, bajo el nombre de conocimiento de tercer género, una ciencia que, siendo puramente intelectual, es en sí misma y de una manera absoluta su propio criterio, y envuelve la existencia de su objeto (1).

Admitiendo Leibnitz la existencia de una infinidad de mónadas de las que cada una está cerrada á las otras, y acercándose de esta manera al realismo, hace descender el espacio al rango de puro fenómeno, y rebaja así la primer barrera que impedía á los séres confundirse. En seguida quiere que el desarrollo respectivo de todas las mónadas sea armónico entre sí y regulado por la esencia divina; y por esta doctrina suprime toda iniciativa individual, y hace de Dios el único actor del mundo.

Kant no ha trabajado obstinadamente en crear distinciones y abrir abismos sino para reconciliar al fin la naturaleza y la libertad por la idea de causa final y hasta para dar de la voluntad libre, del alma y del sér en sí, definiciones que excluyen su multiplicidad, no dejando en pié, en definitiva, más que Dios y los fenómenos. ¿Es posible detenerse aquí y no llegar á esta fórmula: Dios y sus fenómenos?

Este último paso lo dieron los sucesores de Kant;

(1) Descartes necesitaba recurrir á la Providencia divina para asegurarse de la conformidad de las ideas claras con las cosas que representan.

y bien porque encontraron lo divino en el Yo infinito, ó en lo Absoluto, ó en la Idea indiferente entre el ser y el no ser, no distinguieron sustancialmente el mundo y Dios, como tampoco el espíritu y la materia, é impusieron al mundo las leyes del espíritu tales como les aparecieron.

La Alemania moderna ha hecho tentativas para sustituir al idealismo el realismo. Pero un Herbart, colocando la sustancia en la cualidad simple y negando absolutamente el cambio, un Schopenhauer y un Hartmann haciendo de la voluntad ciega ó del instinto la forma primera del sér, no solamente permanecen fieles al punto de vista panteístico de la identidad universal, sino que revelan un resto de tendencia idealista á imponer á las cosas concepciones *a priori*.

Si el dualismo frances encuentra su explicacion en el predominio del juicio, del discernimiento, de la lógica, de las facultades analíticas, el panteismo idealista de Alemania tiene su origen en una disposicion de espíritu totalmente inversa. Miéntras á los franceses impresionan los caracteres porque se diferencian las cosas unas de otras, miéntras sus esfuerzos tienden naturalmente á descubrir las diferencias que escapan á ojos poco atentos, los alemanes, por el contrario, ven las cosas por el lado en que se asemejan, y en ellos, la reflexion tiende á llevar más léjos que la naturaleza la relacion y la síntesis de los elementos contrarios. Para los franceses, pensar es distinguir; para los alemanes, es unir.

A nuestros ojos, el mundo, tal como nos lo ofrece la naturaleza inteligente, está todavía lleno de confusion y de desórden, y pertenece á nuestra razon reducirlo á sus elementos simples. Para los alemanes, el mundo dado es sin duda imperfecto, pero su imperfeccion consiste en la individualidad misma de sus partes, y solamente formando de estos miembros desparramados un organismo en el que se reuna todo, es como la razon elevará el mundo hasta ella.

Según esto, el empleo más alto del pensamiento, la metafísica, no puede consistir para los alemanes más que en encontrar ó, más bien, en crear las leyes segun las cuales podrán estar unidas é identificadas las naturalezas más distintas en apariencia, y, para decirlo en una palabra, las contradictorias. La identidad de las contradictorias es el principio del espíritu alemán; y cuando Hegel lo enuncia, no ha hecho otra cosa que poner en claro lo que se ocultaba en las tinieblas del pensamiento instintivo. Ahora bien; para un espíritu constituido de esta manera, solamente pueden existir diferencias de grado ó de punto de vista entre el bien y el mal, lo hermoso y lo feo, lo verdadero y lo falso. El mal no es otra cosa que el bien absolutamente individual; lo

feo es la forma de la cual la idea está todo lo ausente posible; lo falso es la verdad considerada por una inteligencia enteramente dominada por los sentidos. Hay más aún: cada uno de los dos términos, considerado en sí mismo, no es otra cosa que una vana abstraccion; son inseparables, y su noion constituye la realidad. En cuanto al nombre que conviene á una cosa, está determinado, no por la presencia exclusiva, sino por el simple predominio de una de las contrarias. Así, pues, nada es absolutamente verdadero, ni absolutamente falso; porque todo conocimiento real encierra á la vez elementos sensibles y elementos ininteligibles, teniendo estos en aquellos su expresion, su símbolo. Ahora bien: los símbolos más materiales tienen ya una parte de verdad, puesto que contienen la idea, puesto que son la idea misma en una fase necesaria de su desenvolvimiento. Una vez percibido este carácter simbólico de la intuicion sensible, el espíritu tiende á una inteligencia todo lo más completa posible de la materia; y da el nombre de *verdad* á las trasformaciones cada vez más intelectuales que hace experimentar á las cosas sensibles. Pero debe renunciar á obtener una conciencia puramente intelectual: la idea se desvanecería en el momento en que, para adivinar la verdad absoluta, se desprendiese de todo velo material. La idea pura se basta tan poco á sí misma, como la forma pura; es necesario que cada una de ellas participe de la otra: lo real se obtiene á este precio.

Esto es, pues, en último análisis, la *razon sintética* que es la facultad maestra del espíritu alemán, y que determina la marcha general de sus reflexiones filosóficas.

IV.

Tales son los principales rasgos por que se distingue la filosofía alemana de la francesa. Miéntras que esta última, hasta nuestros dias, se ha aislado de las ciencias para reformarse, bien en el estudio de la existencia de Dios y de la espiritualidad del alma, bien en el análisis de nuestros estados de conciencia; en Alemania no ha dejado de abordar las grandes cuestiones de la física y ha penetrado las ciencias con su espíritu ó ha experimentado su influencia. Miéntras que en Francia se ha mantenido la filosofía separada de las cuestiones teológicas y ha tratado las cuestiones de teología natural en el sentido de un racionalismo unas veces discreto y otras intemperante; en Alemania, hasta en los espíritus más atrevidos, la filosofía ha estado penetrada por un soplo religioso. En fin, miéntras que en Francia ha procurado la filosofía formarse ideas claras y distintas sobre el espíritu, la materia y Dios, y ha separado sustancialmente en el hombre el alma del cuerpo, en el universo Dios del mundo;

miéntras ha reconocido la existencia propia de las cosas materiales al mismo tiempo que la del espíritu que las contempla, y considerado la individualidad y el libre albedrío como privilegios de una naturaleza superior—obedeciendo en todas sus concepciones á una secreta inclinación al análisis y á las distinciones;—en Alemania, por el contrario, la filosofía ha identificado más ó ménos Dios y el mundo, el alma y el cuerpo, no sacrificando el uno á la otra, sino haciendo de estos términos límites ideales entre los que se mueve la realidad; pero al mismo tiempo ha visto en el espíritu impersonal, á la vez pensamiento y naturaleza, la suprema perfección—obedeciendo en esto á la tendencia hácia la síntesis y la fusión de las contradicciones, que forma el fondo del genio filosófico de Alemania.

¿Cuál de estas dos filosofías es más á propósito para encontrar acceso en la sociedad y ejercer influencia en la vida práctica?

Si nos atenemos á las apariencias, la filosofía francesa ha adelantado mucho á la alemana. ¿No se encuentran en los grandes hechos de la historia de Francia rastros de los sistemas filosóficos? ¿No fué el racionalismo cartesiano el que en 1792 borró las tradiciones y buscó en las proposiciones evidentes por ellas mismas el principio de una organización nueva? ¿No es la afición á las ideas claras y distintas la que hace preferir á los franceses los gobiernos fundados en un solo principio á los gobiernos mixtos? ¿No es la creencia en la dignidad del libre albedrío y en el valor del individuo el origen de la doctrina del sufragio universal? ¿No es la antipatía á la continuidad histórica la que induce á los franceses á que en cada momento el pueblo sea dueño de sus destinos? Nadie duda que en Francia las ideas no tiendan enérgicamente á pasar á los hechos, y la forma misma de que los reviste el espíritu analítico de los filósofos no los haga inmediatamente accesibles á la nación entera. Además, la atención á la cosa pública es muy viva entre los pensadores de Francia. Descartes creía que no valía nada quien no era útil á nadie. El siglo XVIII, en medio de sus atrevidas negaciones, tuvo, por fin á sus teorías, la felicidad de la humanidad. En nuestros días el espiritualismo se ha hecho el promotor de las instituciones liberales. Así, pues, por ella misma, ó de un modo reflejo, la filosofía francesa se dirige directamente á la sociedad entera, á ejemplo de Descartes que escribía en francés su *Discurso sobre el método*, porque prefería el juicio de los que solamente se sirven de la pura razón natural al de los eruditos y de los sabios.

Si el esfuerzo de la filosofía alemana para mezclarse á la vida práctica, si su influencia en las cosas del mundo es ménos manifiesta á primera vista, sería temerario atenerse á las apariencias en este

punto. En primer lugar, no hay gran filósofo alemán que no se haya interesado vivamente en la vida pública. Conocida es la historia del profesor Kant, que arregló de una vez para siempre la distribución de las horas del día y jamás se separó de su programa: había contado sin la revolución francesa, de la que se enamoró tan apasionadamente, que olvidaba la hora del trabajo para salir á los caminos á recibir á los correos. ¡Y qué infinita serie de retrasos debía arrastrar para el metódico profesor esta prolongación del paseo! El famoso discurso de Fichte á la nación alemana se encuentra en todas las memorias; y las teorías de Hegel sobre la victoria, signo de superioridad intelectual, y sobre la esencia moral de la guerra, demuestran hasta qué punto sube la idea metafísica alemana en caso necesario para ponerse al alcance de los simples mortales.

Pero en general esta influencia de las ideas no se verifica en Alemania por comunicación directa de la filosofía con la nación. De la misma manera que para pasar del alma del pueblo á la metafísica, la idea ha tenido que sufrir larga serie de metamorfosis, despojándose poco á poco de su grosera envoltura para no conservar más que una forma diáfana, radiante de luz celeste, así también no puede hacerse visible á los ojos del común de los hombres sin atenuar su brillo supra-sensible bajo velos cada vez más densos, teñidos con los colores de la luz terrestre. Es necesario que la idea descienda la escala del sér, se convierta en razonamiento, imagen, sentimiento, instinto, fuerza ciega, sin olvidarse, sin embargo, de ella misma á través de todas estas transformaciones, para que pueda al fin tener eco en las últimas capas sociales. La acción del filósofo sobre la nación supone infinita serie de intermediarios.

Ahora bien: esta idea de intermediarios la suscita efectivamente en Alemania el paciente trabajo del pensamiento impersonal. Poco á poco, y como por sí misma, la idea pasa de la metafísica á la religión, á la ciencia, al arte, á la moral y á la literatura; penetra insensiblemente todas las manifestaciones del espíritu; se extiende en toda la atmósfera intelectual; se adapta á todas las inteligencias y se insinúa con tanta mayor seguridad en las almas, cuanto que circula en regiones á donde no alcanza el ojo de la conciencia instintiva.

En efecto, ¿el panteísmo de los metafísicos alemanes no ha llegado á ser, por decirlo así, visible y palpable en aquella nación donde los individuos no son otra cosa que instrumentos de una idea y hacen consistir su gloria en abdicar toda iniciativa personal y hasta la independencia de su patria particular entre la que llaman la gran patria? La unidad alemana es obra de las universidades alemanas, y la filosofía ha dominado en estas universidades hasta

el punto de imponerse á todas las ciencias. Hasta se han verificado duelos entre los partidarios de las matemáticas kantianas y los de las matemáticas hegelianas.

Los capítulos de la historia de la filosofía alemana lo son á la vez de la historia de Alemania. Al estudiar la una hay que estudiar por necesidad la otra.

EMILIO BOUTROUX.

(Revue politique et littéraire)



ALGUNAS OBSERVACIONES

SOBRE LA EXPOSICION DE BELLAS ARTES.

Invitado por mi amigo el Sr. Director de la REVISTA EUROPEA á hacer una crítica de la Exposición de Bellas Artes, confieso que no tuve el carácter suficiente para negarme á ello, que es lo que procedía, siendo como soy autor de otra crítica que ya ha visto la luz; porque si repetía lo que ya he dicho, hacía á sabiendas un trabajo completamente inútil; si decía lo contrario, tenía necesariamente que juzgar contra mi conciencia, puesto que mi verdadera opinion es una, y esa es ya conocida; pero como *il est avec le ciel des accommodements*, discurrí que, puesto que mi primera crítica fué señaladamente personal y analítica, esta segunda podría ser esencialmente sintética é impersonal, haciendo de este modo ahora las observaciones generales que por falta de espacio no pude hacer anteriormente. Mas, aún así, es difícil la empresa, porque siendo esta Exposición tan detestable como es, se presta muy poco á grandes puntos de vista críticos, aún dado caso que yo los pudiera concebir, los cuales, por otra parte, serían seguramente mal recibidos de los artistas que presentan obras como las que allí vemos, y que si, en general, acusan falta de inspiración y hasta ignorancia en sus autores, revelan al mismo tiempo una vanidad inmensa, con la cual es imposible toda discusión. De todo esto y de mi poca competencia, que la reconozco, resulta que en el imprescindible caso en que me hallo de escribir algo, voy á hacer un artículo á *bâtons rompus* (ustedes dispensen; quise decir á *vuela pluma*), en el cual iré tocando los puntos que me vayan ocurriendo; y fundándome en el dicho vulgar de que *el que no se consuela es porque no quiere*, empezaré diciendo que, si bien es verdad que la actual Exposición de Bellas Artes es mala, es porque sólo ha concurrido á ella una pequeña parte, y no la más lucida por cierto, de los muchos artistas que honran á nuestra patria. Esto de las Exposiciones no deja de tener semejanza, ¿con qué dirán ustedes?... ¿con el sufragio universal! Porque supongo

que todos estarán conformes conmigo en que el modo de saber á punto fijo la manera de pensar de una nación sobre un asunto dado, es preguntar su opinion á cada uno de los individuos que la componen; contados los votos, es fácil decidir cuál es la opinion de la mayoría; pero para que esto suceda así, es preciso que todos ó los más voten, pues si, como suele suceder, el mayor número no concurre, porque no quiere ó quizás por otra razón, el resultado total de votos de los que hayan concurrido será la opinion de unos cuantos, la cual á su vez podrá concordar con la del país, pero nadie me negará que puede suceder lo contrario, es decir, que no concuerde. Pues no otra cosa sucede con las Exposiciones de Bellas Artes: si concurren todos ó los más de los que pueden y deben hacerlo, la Exposición será un fiel trasunto del estado de mayor ó menor florecimiento á que llegan las Bellas Artes en un momento dado; pero si esto no sucede, y no sucede hoy, la tal Exposición será sólo una colección de cuadros más ó menos numerosa. En este concepto, lo que sobre la Exposición en conjunto se diga, perderá mucho del carácter de generalidad que de otra suerte tendría, dirigiéndose las observaciones á la agrupación más ó menos compacta de expositores, pero no á la totalidad de los artistas contemporáneos de aquellos.

Pero pasemos ya á los detalles: en el preámbulo que puso el señor ministro de Fomento á la Real orden convocando á los artistas para el certámen que hoy se verifica, se lamentaba, y no sin razón, su autor de la escasa producción que se notaba de cuadros importantes por el tamaño y por los asuntos; y decía también, si mal no recuerdo, que este mal provenía de la falta de Exposiciones: cierto es que suprimía el ministro la rutinaria y baja costumbre que ántes existía de adquirir necesariamente el Estado los cuadros premiados, siempre que los autores lo desearan; pero posteriormente se ha decidido volver á esa rutina, y como no he oído que se queje ningún artista de esta última decisión, se puede suponer que la supresión no fué bien recibida, y por ende que no era oportuna. Mas sea como quiera, el resultado es que los cuadros grandes abundan en la Exposición, ó por lo ménos á mí me parece que hay tantos que sobran más de la mitad, y esto lo digo porque he oído decir á muchos que escaseaban. Y ya que hablo de cuadros grandes, debo decir que no comprendo la marcada preferencia con que se los mira, que llega hasta el punto de ser preferido (no para comprarlo, por supuesto) un mal cuadro grande á uno bueno de dimensiones más reducidas; y digo que no lo comprendo, porque si bien las dificultades aumentan con el tamaño, como esas dificultades no se venzan, no sé qué hemos conseguido, artísticamente hablando, con aumentar

las dimensiones. Lo mismo acontece cuando se trata de juzgar entre dos cuadros de pequeñas dimensiones: como uno de ellos sea de asunto histórico y el otro no, el primero será seguramente el preferido, aunque sea superior el segundo, cosa que tampoco entiendo, y por las mismas razones que dije al hablar del tamaño: para tratar un asunto histórico, el artista debe tener, á más de las cualidades de dibujante y de colorista, y á más de los conocimientos de perspectiva, composicion, etc., indispensables á todo pintor, un conocimiento profundo de los personajes históricos que han de figurar en su cuadro, para que de esta manera pueda caracterizarlos á todos con arreglo á la verdad; y además, deberá estudiar con minuciosidad las costumbres de la época en que se verificó el hecho que pretenda recordarnos, así como la indumentaria, la panoplia y demás artes suntuarias de aquel tiempo; y si no reúne todos estos conocimientos el pintor, se expone á tener que explicar su cuadro, cosa difícil hoy que no se permiten los letreros explicativos junto á cada personaje, y mucho ménos la cintita que les sale de la boca con las palabras que pronuncian en el momento de la accion: esta arcaica costumbre se echa muy de ménos en nuestros cuadros modernos.

Si la accion representada es tan conocida que se pueda prescindir de esto, todavía las impropiedades que cometa el artista pueden ocasionar confusion y mala inteligencia, ya que no cosas peores para él, como, por ejemplo, lo que le sucedió á Pablo Veronés con un cuadro suyo, en que representó la última cena de Jesus, y en el cual, habiendo puesto para llenar espacio varias figuras vestidas con trajes de soldados alemanes del siglo XVI y hasta algun contrahecho bufon de corte, fué citado por el Santo Oficio de Venecia para explicar aquellas irreverencias: por supuesto que el pobre artista en todo había pensado al pintar su cuadro ménos en faltar al respeto á la religion; así es que á todas las objeciones del tribunal sólo sabía contestar que había puesto aquellas figuras *porque le hacian bien*: á pesar de esto, fué condenado á quitar de su cuadro todo lo que en él había de impropio. En la clásica tierra del garbanzo es probable que no hubiera salido tan bien librado el célebre pintor veneciano allá por los años de 1573 en que esto sucedía; hoy afortunadamente no hay que temer esto, pero sí el ridículo al cometer anacronismos del calibre de los que entónces se permitían los artistas. Pero volviendo á nuestra comparacion de los cuadros históricos y los que no lo son, como, por ejemplo, los llamados de *género*, es indudable que aquellos requieren en el artista mayor suma de conocimientos y de estudio; pero si carece el artista de esos conocimientos y de ese estudio, su cuadro no conservará más valor que el puramente externo, y en este

caso, ¿por qué se le ha de preferir á uno de género bien pensado y tan bien ejecutado como aquel pueda estarlo? Creo que no hay motivo para que así suceda, pero lo cierto es que sucede: yo creo que estas preferencias no son lícitas más que entre los cuadros de figuras y los que no lo son, y aún así, tal puede ser el cuadro de figura, que se deba preferir uno del género más inferior, como es el de naturaleza muerta; pero si el cuadro de figuras es aceptable, yo lo preferiré á uno superior de un género más ínfimo; y conste que no tengo por tal género ínfimo al paisaje, si está sentido el asunto por el paisajista, cosa que á la verdad no sucede con frecuencia.

He dicho al empezar que la mayoría de los cuadros expuestos este año acusan ignorancia en los pintores: no intentaré probarlo, aunque me sería fácil, pero sí haré observar que lo que más se echa de ménos, no ya solamente en los cuadros medianos, sino hasta en los buenos, es falta de observacion y carencia de idea: ambas cosas suelen ser reemplazadas por la pasion á lo pintoresco, pasion punible, porque para satisfacerla sacrifican los artistas la verosimilitud. Por ejemplo, se quiere expresar en un cuadro el susto que produce en un grupo la vista de un peligro de estos que se pueden salvar con sólo la heroica estratagema de la fuga, y el pintor, para agrupar sus figuras de una manera pintoresca, incurre en la inverosimilitud de hacer que una dama se desmaye! ¿Cuándo se ha dado el caso de desmayarse una dama en un momento de peligro inminente, pudiendo evitar este peligro con nada más que echar á correr? Yo creo que nunca, y se comprende. ¿Quién no ha oido hablar de los efectos de la *seleccion natural*? Segun este principio, los séres humanos han ido mejorando á traves de los siglos sus condiciones intelectuales, llegando á ser el animal de mayor cavidad cerebral; mientras esto sucedía, iban perdiendo el uso de miembros y facultades que ántes tenían y que se hacían innecesarias, dado el predominio que en él tomaba la razon y la inteligencia, quedando esos miembros y esas facultades reducidos al estado rudimentario. Así sucedió con el instinto, que sólo hemos conservado innegablemente para los casos de peligro en que se paralizan momentáneamente las altas dotes intelectuales; es decir, que conservamos únicamente el instinto de la conservacion, aunque de una manera seguramente inferior á los demas animales. Si esto es verdad, como yo lo creo, y si tambien es cierto que la mujer es superior al hombre en instinto (y no valen malas interpretaciones), declaro imposible que una mujer se desmaye en el momento en que así nos lo representa el artista á quien aludo. Lo seguro en ese caso es atropellar todos los demas sentimientos, incluso el del pudor (que, en-

tre paréntesis, no tiene poco de instintivo también), hasta salvar el peligro, salvo á desmayarse despues.

Pero basta ya de indicaciones sobre la falta de observacion en los artistas que se dedican á los cuadros de género, porque en este punto pueden reclamar los retratistas, y con sobrada razon: si para cada retrato hecho á conciencia y que nos refleja el carácter íntimo del modelo, no hay ciento que sean otra cosa que la reproduccion de un inanimado maniquí, consiento en no volver á escribir sobre artes en lo que me resta de vida; y cuenta que soy el primero en desear que así suceda, porque de este modo ganará el arte en cantidad de buenos retratos, y el público en que no le molestaré más con mis divagaciones. Desgraciadamente sospecho que esto no sucederá; y ¿cómo ha de suceder si hay pintor que para evitar hasta la probabilidad de dar vida á sus retratos coloca á sus modelos de perfil ó mirando hácia un lado, de tal suerte que no se les ven los ojos, ese espejo del alma? No comprendo la utilidad, ni mucho ménos la belleza del retrato, si en él se prescinde así de lo que da interes y vida, siquiera sea también el *schiboleth* de los pintores que á este género se dedican.

A este punto había llegado, y me quedaban muchas cosas que decir sobre los otros géneros de pintura; así como también sobre la escultura, que por cierto es el arte mejor representado en la actual Exposicion; iba á decir que en escultura hay géneros distintos lo mismo que en pintura, como son el histórico, el de costumbres, el de retratos, etc., todos ellos muy apreciables si están bien tratados; iba á decir algo sobre premios y jurados y otras muchas cosas más, cuando tuve la feliz idea (que no debiera) de preguntar la opinion de algunos prácticos en esto de escribir, sobre lo que ya tenía apuntado; pero mi asombro fué grande al ver que todos decían que el artículo era bueno, salvo alguna restriccion, en la cual no concordaron dos: el uno me aconsejó que suprimiera lo del sufragio universal, porque á más de ser falso lo que digo sobre él, es comprometido en estos momentos en que no estamos para hablar mal de nadie; este tal creo que es hombre político de escuela semi-liberal: otro me dijo que mi apreciacion sobre lo del desmayo es de un materialismo infernal, que seguramente haría mal efecto en los hombres de buenas ideas; no hay para qué decir que este que me aconsejaba así es idealista de profesion: pero lo mejor fué cuando un pintor retratista me dijo que yo no entendía una palabra de retratos, aunque si apuntaba bien los grandes defectos de los demas géneros. Al llegar aquí, no pude ménos de recordar aquella anécdota de un estudiante que, apartado de sus padres, hon-

rados labradores, cursaba en una ciudad universitaria; el cual, como no tuviera muchos dineros, segun tradicional costumbre de los de su casta, vivía lo mejor que podía (y vivía mal), pagando en cambio tarde y mal lo que debía (y debía mucho). Es el caso que, á fuerza de llorosas misivas, consiguió una vez que sus padres, compadecidos de los muchos desastres y apuros que él decía que pasaba, le doblaran la mesada, con lo cual mi buen bachiller empezó á distribuir su dinero en montoncitos, encima de la mala mesa que en su cuarto tenía, destinando cada monton á satisfacer una de las deudas más escandalosas, haciendo lo cual, decía: «Esto es para la patrona, por los cuarenta días de hospedaje que le debo; esto para el sastre, en pago de esta sotanilla que ya va pareciendo más de encaje que de paño; esto otro será para el rapador que me suele desollar...» Al llegar á este punto, vió con asombro nuestro estudiante que ya el dinero se había acabado, y que no le quedaba á él ni un negro real: de tan fiero trance salió como bueno, porque arramblando con todo el dinero, no pagó á nadie, dejándolos á todos iguales de esta suerte.

Me cuadra esta solucion, y la acepto como buena en lo tocante á mi artículo, si bien los consejos que me dieron los prácticos me cortaron los ánimos de tal suerte, que me hicieron suspender mis juicios hasta mejor ocasion.

E. ROUGET.

BOLETIN DE LAS ASOCIACIONES CIENTÍFICAS.

Academia de Ciencias de Paris.

24 ABRIL.

M. Marés: Los estragos del phylloxera.—Doctor Labbé: La operacion de la gastrotomía.—Un tenedor en el estómago.

M. Marés presenta una nota segun la cual hay en Francia 250.000 hectáreas de viñedos destruidos ó en vías de destruccion por el phylloxera. Esto representa una pérdida de 500 millones de francos, sin contar el valor del terreno ocupado. Quedan todavía en Francia 4.000 millones de cepas cuya destruccion conviene evitar. M. Marés hace constar que el phylloxera no ataca nunca á las viñas silvestres que crecen sin cultivo en la espesura de los bosques, y deduce de esto que podrían reconstituirse los viñedos perdidos plantando cepas y no cultivándolas de ningun modo. Para mayor probabilidad de éxito se deben enterrar las raices á un metro de profundidad por lo ménos, espaciando, además, mucho las plantas.

—El doctor Labbé presenta al exámen de los académicos el tenedor extraído del estómago de una persona que se lo tragó hace más de un año, y des-

cribe la historia del hecho y las vicisitudes de la operacion, que le ha practicado con el mejor éxito. M. Lausueur, empleado en un almacen, apostó al final de un almuerzo que se introduciría un tenedor en la garganta de modo que no se viera. Lo hizo teniendo cuidado de sujetar con sus dientes las puntas del tenedor para no tragárselo, y consiguió tan bien su objeto que quedó aficionado á repetir la habilidad; pero esta segunda vez una broma de un amigo de Lausueur le hizo abrir la boca cuando tenía sujeto con los dientes el tenedor, y éste se deslizó al exófago. El dolor fué muy intenso. Un médico llamado en el acto fué bastante hábil para coger el tenedor con unas pinzas, é iba á extraerlo cuando el enfermo, presa de atroces convulsiones, le rechazó violentamente. Presentáronse síntomas alarmantes de asfixia, á los cuales sucedió un grandísimo bienestar: el tenedor había pasado al estómago. El enfermo empezaba á creer que podría acostumbrarse á su nueva situacion, cuando, al cabo de quince dias, se presentaron accidentes gástricos acompañados de síncope. Abandonó sus ocupaciones, y durante algunos meses estuvo sufriendo casi constante suplicio.

Ultimamente los sufrimientos llegaron á ser espantosos, y Lausueur entró en el hospital de Caridad, sala del doctor Labbé. Éste, animado por las opiniones de los señores Gosselin y Larrey, resolvió practicar la gastrotomía, es decir, la apertura del estómago, y extraer directamente el cuerpo extraño. Intentó desde luego, por medio de cáusticos, determinar adherencias del exterior hácia el interior á fin de fijar la viscera, pero no habiendo respondido el éxito á la idea del operador, determinó la zona triangular, que se puede perforar sin interesar ningun órgano esencial. El domingo 8 de Abril se practicó la incision, capa por capa, sacando una porcion de la pared estomacal y sosteniéndola con puntos de sutura á los labios del agujero. Entonces se hizo la incision en el estómago, introduciendo unas pinzas, con las cuales salió á luz el tenedor despues de algun trabajo. El operado sigue muy bien, sin más cuidado que el de curarse la fistula estomacal que tiene todavía y que ya está en vías de obliteracion.

E. MEUNIER.

Congreso Médico Andaluz.

SEVILLA 3 AL 8 DE ABRIL.

Tubino: Memoria histórica.—Chiralt: El tratamiento de la rija.—Cortezzo: El tratamiento del escorbuto.—Tuñon: Los efectos fisiológicos y terapéuticos del alcohol.—Lomon: La angina membranosa.—¿Es ó no curable el crup?—Rubio: La circuncision como medio de mejorar y perpetuar las razas humanas.

Inauguróse, bajo la presidencia del Sr. Rivera, y se leyó una Memoria histórica remitida desde Madrid por el secretario general del Congreso, don

Francisco María Tubino, que no pudo asistir por hallarse enfermo.

El Sr. Rivera pronunció un extenso y notable discurso de inauguracion, y el Sr. Revuelta otro de gracias por los elogios que se le habían tributado, como iniciador del Congreso, en la Memoria del secretario general.

El Sr. Chiralt leyó una Memoria sobre el tratamiento de la rija por la cauterizacion del saco lagrimal, promoviéndose con este motivo una extensa discusion entre los Sres. Creus, Chiralt y Toro.

El Sr. D. Cayetano de Toro leyó dos Memorias, una sobre la queratotomía lineal combinada, deslizamiento del cristalino envuelto en su cápsula, y otra titulada *Breves consideraciones sobre el cáncer*; ambas dieron lugar á discusion.

Leyéronse tambien: una Memoria del Sr. Castillo, titulada: «¿Cuál es el bello ideal de la cirugía en la operacion de la catarata?»; otra del Sr. Laborda acerca de la importancia de la otología; otra del Sr. Velarde sobre las causas de la tisis y la influencia del clima de Andalucía; otra del Sr. Revuelta acerca de los cálculos renales y vexicales; otra del Sr. Rubio sobre la acupuntura como medio de diagnóstico y tratamiento de las enfermedades de la glándula mamaria, y otra de D. Gumersindo Marquez sobre el valor terapéutico de las fricciones mercuriales en el tratamiento de la sífilis.

El Dr. Cortezzo leyó un estudio titulado: «Breves consideraciones sobre el tratamiento del escorbuto.» El Sr. Arismendi dijo no creía que consistiese la naturaleza del escorbuto en una alteracion de la sangre representada por la disminucion de las sales de potasio, sino más bien en considerar como alteracion primitiva el reblandecimiento de la fibra orgánica y como consecutiva la alteracion de la sangre en su composicion.

El Sr. Tuñon leyó una Memoria relativa á los efectos fisiológicos y terapéuticos del alcohol. El Sr. Madera sostuvo las afirmaciones del autor de la Memoria, citando casos prácticos de 500 heridos en los que consiguió, á beneficio del alcohol, no tener ni un solo caso de septicemia; el Sr. Cortezzo dijo que á su parecer el alcohol obraba principalmente sobre la nutricion, excitando el sistema nervioso; añadió que eran poco concluyentes los experimentos que tendian á probar que el alcohol produce un descenso en la temperatura orgánica, diciendo que él siempre le había empleado como estimulante del sistema nervioso y nunca como depresor de las combustiones, y terminó diciendo que las dos conquistas terapéuticas más preciosas de los tiempos modernos en la cirugía, eran el cloroformo para la anestesia y el alcohol para las adinamias y curacion de las heridas. El Sr. Tuñon contestó que siendo la úrea producto de las combustiones

orgánicas, y encontrándose disminuída en los individuos alcoholizados, creía en el descenso de la temperatura.

Leyéronse varias Memorias, y entre ellas las siguientes: del Sr. Medinilla sobre los purgantes, del Sr. Toro acerca de la isquemia quirúrgica, del señor Gomez Torres sobre la metritis parenquimatosa crónica, y del Sr. Navas sobre el cloral.

Una Memoria del Dr. Lomon sobre la angina membranosa, ocasionó un debate acerca de las probabilidades de curacion del crup.

El Sr. Revueltas indicó que en los casos en que había empleado el tratamiento del Sr. Lomon no había obtenido ningun éxito, declarándose partidario de la traqueotomía.

El Sr. Sota aseguró que es muy fácil confundir el garrotillo falso con el verdadero, siendo los casos curados garrotillo falso, porque el verdadero es incurable; creyendo por tanto innecesaria la operacion de la traqueotomía.

El Sr. Toro refirió dos casos de dos hijos suyos atacados del crup verdadero y curados por el ácido fénico, asegurando que si por este medio no hubiesen obtenido la curacion, les hubiera él mismo practicado la traqueotomía; tal es su confianza en los resultados de esta operacion.

Entre los trabajos que más han llamado la atencion, figuran uno del Sr. D. Federico Rubio sobre la necesidad de la circuncision para mejorar y perpetuar las razas humanas, dándolas mayor fuerza de atavismo; y otro del Sr. Pizarro acerca de la organizacion sanitaria de las grandes ciudades.

Aprobóse una proposicion del Sr. Cortezo para que el Congreso andaluz se reuna cada dos años en Andalucía, y que en los intermedios se excite á las demas provincias de España para que los celebren.

El próximo Congreso de 1878 se verificará en Granada, quedando elegido presidente del comité de organizacion D. Juan Creus.

BIBLIOGRAFÍA.

El anuario del Observatorio.

Libro utilísimo y confeccionado con un criterio científico al par que de vulgarizacion de los conocimientos y progresos astronómicos, el *Anuario* del Observatorio de Madrid es una de las pocas publicaciones que señalan en nuestro país el movimiento general de la ciencia, señalando anualmente los adelantos realizados. El volumen XIV es el que acaba de aparecer, y la REVISTA EUROPEA no debe escasear sus elogios á la idea que preside á esta publicacion y á las distinguidas personas encargadas de realizarla. Contiene el volumen del presente año en su primera parte, además del Calendario y extensas noticias correspondientes al mismo, indicaciones de la situacion de las principales constela-

ciones y estrellas en las diversas épocas del año, de las ocultaciones de estrellas por la luna, de los eclipses de los satélites de Júpiter y del trazado de la *meridiana* por observaciones de la *polar*.

La segunda parte se compone de una extensa seccion de aritmética social, con innumerables tablas metrológicas de gran utilidad; otra seccion de astronomía con estudios muy apreciables sobre las estrellas y el sistema solar; y otra seccion de geografía física y astronómica, en general del globo y en particular de España. La tercera parte comprende dos estudios muy notables del Sr. D. Miguel Merino acerca de la *vida* como caso particular de la *energía universal*, y de los viajes marítimos y descubrimientos geográficos más importantes.

De desear seria que otros centros científicos y oficiales de España imitasen la conducta del Observatorio de Madrid publicando anualmente los resultados de sus trabajos y observaciones. Si esto se hiciera, no se perderian para la ciencia muchos apreciables estudios que hoy permanecen sin ser públicamente apreciados y sin ejercer la natural influencia que les corresponde en el desenvolvimiento científico de la Europa moderna.

La biblioteca azul.

Con este título y el mismo color en las cubiertas de los tomos ha empezado á publicar el editor don Teodoro Sanchiz una coleccion de novelitas y cuentos originales del estudioso escritor D. Teodoro Guerrero.

Escritas quizá expresamente para las señoras, las obras de este autor tienen cierto atractivo para la más bella mitad del género humano, siquier bajo el punto de vista artistico-literario no puedan resistir los análisis de una crítica imparcial. Así y todo, son obras bastante agradables que tienen abundante público en algunas repúblicas hispano-americanas; y el editor D. Teodoro Sanchiz, dueño de la acreditada librería de la plazuela de Matute, está haciendo esta coleccion con bastante lujo y sin escasear gasto alguno. Las dos obras publicadas se titulan *El escabel de la fortuna* y *Los mártires del amor*; y en el mes próximo aparecerá el tomo tercero, denominado *Cuentos sociales*. Felicitamos al editor Sr. Sanchiz por el desprendimiento y esplendidez que demuestra en la publicacion de las novelitas á que nos referimos.

La librería de Bailly-Bailliére acaba de poner á la venta los primeros cuadernos de una importante obra, de la cual se han hecho y agotado ántes de ahora dos ediciones. Nos referimos al *Diccionario Doméstico* de D. Balbino Cortés y Morales, repertorio universal de conocimientos útiles, con más de 4.000 fórmulas, preceptos ó recetas de fácil ejecucion.

El antiguo periodista D. Andrés Borrego acaba de dar á luz una obrita de tendencias políticas conservadoras que se titula *Principios constituyentes aplicables á la reforma de los abusos hijos del atraso de nuestra educacion política, y exposicion de la legislacion apropiada á preparar una organizacion conforme á los intereses y al carácter de la nacion*; estudio dedicado al Congreso de los Diputados en la persona de su presidente el Sr. Posada Herrera.
